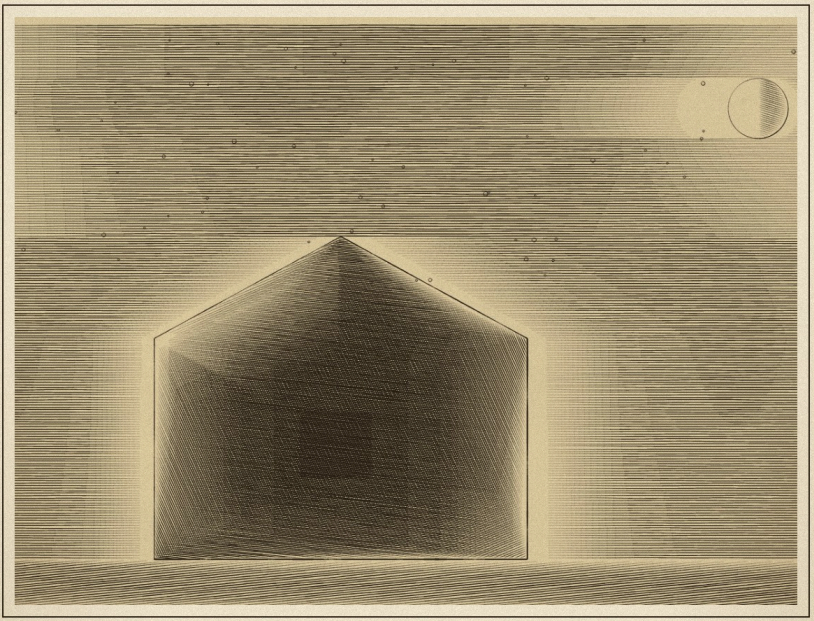
LA VILLANA DE VALLECAS

Tirso de Molina



La lámpara encendida

MMXXVI

La villana de Vallecas

Tirso de Molina

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: texto de Tirso de Molina (Valencia, 1631), según la edición de Juan Eugenio Hartzenbusch.

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

Personas

Acto primero

Acto segundo

Acto tercero

Personas

Doña Violante; Don Gabriel; Don Pedro; Don Vicente; Don Gómez; Don Luis; Doña Serafina; Blas Serrano, labrador viejo; Polonia, criada; Luzón, criado; Agudo, criado; Cornejo, criado; Aguado, criado; Mateo, mozo de mulas; Valdivieso, mozo de mulas; un Alguacil; un Posadero; un Criado. La escena es en Valencia, en Arganda, en Vallecas y en Madrid.

Acto primero

Una calle de Valencia. Es de noche.

Don Vicente: Llama, Luzón, a mi hermana.

Luzón: Según venimos de tarde, pues ya asoma la mañana, cansada de que te aguarde la doncella a la ventana, o el esclavo a la escalera, se habrán echado a dormir.

Don Vicente: Jugué y perdí.

Luzón: Esta primera nos tiene de consumir bolsa y vida. Sales fuera de casa al anochecer mudándote hasta las cintas, y como estás sin mujer, ya a la polla, ya a las pintas, damos los dos en perder, yo paciencia y tú dinero. Volvémonos a cenar cuando sale el jornalero, segunda vez, a almorzar.

Llamando al alba el lucero, aguárdate mi señora, que en fe de lo que te ama, sin ti lo que es sueño ignora, dando treguas a la cama, y nieve a la cantimplora.

Entras con llave maestra, cenas a las dos o tres, duermes hasta que el sol muestra el cahíz al reloj que es tasa de la vida nuestra. Si la campana te avisa de nuestra iglesia mayor cuando es fiesta, oyes de prisa a un clérigo cazador, que dice en guarismo misa.

Hincas encima del guante una rodilla, y sobre él, más que rezador, mirante, volatines de un cordel pasas cuentas cada instante, que de oraciones vacías, como cuentas las llamaron, la dan, por no estar baldías, más de las damas que entraron, que de las avemarías.

Oyes a don Juan mentiras; mientras alza el sacerdote, a doña Brígida miras; si te dio cara, picote; si no te la dio, suspiras; y apenas la bendición con el Ite, Missa est, da fin a la devoción, cuando salís dos o

tres y en buena conversación el portazgo o alcabala cobrando de cada una, la murmuración señala si es doña Inés importuna, si doña Clara regala, si se afeita doña Elena, si esta sale bien vestida, si estotra es blanca o morena.

Mira tú si es esta vida para un Flos Sanctorum buena.

Don Vicente: Lo que se usa, no se excusa. Eso se usa. Llama ahora.

Luzón: De perdidos es tu excusa. ¡Plegue a Dios que mi señora no dé una vez garatusa! Abre, pues, que tienes llave.

Don Vicente: ¿De qué sirve, si despierta me espera, y que vengo sabe?

Luzón: Oye: abierta está esta puerta. Para tan honesta, grave y amiga de estar cerrada, mucho es que a tal hora tenga patente en la calle entrada, para que cualquiera venga.

Don Vicente: Serán de alguna criada descuidos, o habrá sentido que venimos. Entra allá.

Vase Luzón.

Don Vicente: Casa sin padre o marido es fortaleza que está sin alcaide apercebido. Quedando por cuenta mía mi hermana doña Violante, mucho mi descuido fía del natural inconstante de una mujer, que podría abrir puerta a la ocasión con la que le da mi juego. Hechizos los naipes son:

¡qué poco hay de juego a fuego! Encantada ocupación es la de un tahúr. ¡Qué olvido en todos causa el jugar! Decía un bien entendido que no hay honra que fiar en el jugador marido.

Mas que amor el juego abrasa, porque aquel mira el honor, cuyos límites no pasa; pero ¿cuándo el jugador tuvo cuenta con su casa? A ver en mí mismo vengo la experiencia desto llana; y si enmiendas no prevengo, es por ser cierta en mi hermana la satisfacción que tengo.

Luzón: Todos duermen en Zamora; sólo no he podido hallar a tu hermana y mi señora, y dame que sospechar la puerta abierta a tal hora, y el hallar este papel para ti sobre la mesa.

Don Vicente: ¿Qué dices?

Luzón: No sé; por él podrás ver, si en esta empresa, de desafío es cartel contra tu poco cuidado.

Don Vicente: Letra es de doña Violante.

Luzón: Por la pinta la has sacado. Brujulea, que adelante verás qué juego te ha entrado.

Leyendo.

Don Vicente: «El poco cuidado, hermano mío, que los dos hemos tenido, tú con tu casa, y yo con mi honra, ha dado ocasión para que de entrambas falte la prenda de más estima: mientras tú jugabas dineros, perdí yo lo que no se adquiere con ellos.

Un don Pedro de Mendoza, forastero en Valencia, pagó en palabras de casamiento obras de voluntad.

Huyendo se va, y dice (quien le encontró) que camino de Castilla; y yo de un monasterio, que no quiero que sepas, hasta que o hallándole me vengues, o no pareciendo, sea el silencio de mi vida remedio de mi afrenta.

Dentro de este papel va la cédula que me dio de esposo: haz lo que de ella gustares, y si culpas mi liviandad, reprehende tu descuido.- Doña Violante.» ¡Hay desdicha semejante! Luzón, ¿qué es lo que he leído? ¡Sin honra doña Violante! ¡Tras la hacienda que he perdido, la joya más importante pierdo también!

¡El honor que de mi padre heredé! ¡El patrimonio mejor, que en Valencia espejo fue de la nobleza y valor! ¡Por una mujer liviana!

¡Por un juego en que violento un tahúr la honra me gana! ¿Este era el recogimiento y la virtud de mi hermana?

¡Mal haya quien confianza hace en el desasosiego de la femenil mudanza! ¡Mal haya quien en el juego pone hacienda y esperanza!

Que si en papeles pintados se funda todo su ser, livianos son sus cuidados; y si es papel la mujer, llevando los más pesados el viento, que burlador mi fama deja ofendida, bien es que llore mi error, mi hacienda al juego perdida, como al descuido mi honor.

Luzón: ¿De qué ha de servir ahora ponderar, como el perdido, lo que tarde siente y llora? Sepamos dónde se ha ido mi poco cuerda señora, y sacarás de buscalla el saber más claramente quién fue el que vino a engañalla. Despertar quiero la gente.

Llamando.

Luzón: ¡Dionisia! ¡Lucrecia!

Don Vicente: Calla, no publiques, si eres sabio, la infamia de aqueste insulto, ten la lengua, cierra el labio; que entre tanto que está oculto, no da deshonra el agravio. Mientras que la noche veda que saque el sol a poblado infamias que decir pueda, déjame vivir honrado este tiempo que me queda.

Luzón: Pues ¿qué hemos de hacer?

Don Vicente: Advierte en lo que me ofrece ahora la industria en la ocasión fuerte.

Don Juan de Aragón adora a mi hermana, y es de suerte, que aunque intenta en Zaragoza su padre don Luis casalle con una señora moza, noble, y barona del Valle, que con otros pueblos goza, tiene en tanto la belleza de doña Violante ingrata, que sin mirar su pobreza, las otras bodas dilata, y a estas su amor endereza.

Toda la gente de casa, como tan público fue, saben lo que en esto pasa.

Luzón: Y yo también, señor, sé que por tu hermana se abrasa.

Don Vicente: Oye, pues: tú has de quedarte aquí con un papel mío, que en fe de que sé estimarte por fiel, de ti mi honor fío, como si en él fueras parte.

Escribiré en él, Luzón, a doncellas y a criados que de don Juan de Aragón los amorosos cuidados han llegado a ejecución de casarse con secreto con mi hermana en un castillo, que tiene para este efeto prevenido, y que encubrillo importa por el respeto que a su padre es bien tener; y que en fe de esto llegó esta noche, sin querer que sepan más dél y yo lo que determina hacer.

Por lo cual, sin avisar nadie, a la media noche a las puertas del lugar nos esperó con un coche; y yo, para asegurar su alboroto y confusión, les escribo este papel.

Fingirás admiración, y que ignorabas en él nuestra jornada a Aragón; dirasles que te mandé que nuestra vuelta esperases, y el gobierno te encargué de casa, y con qué gastases en mi ausencia te dejé. (También les escribiré esto.) Iré a don Juan de Aragón; direle, que porque ha puesto los ojos cierto barón valenciano y descompuesto en mi hermana, la he sacado de Valencia, y por quitar la esperanza a su cuidado, he querido divulgar que en secreto se han casado los dos; y él agradecido, mi engaño defenderá, y con esto persuadido, en pie mi honor quedará, ignorado, aunque ofendido.

Partiré luego a Castilla en busca deste tirano, que a sus pies mi honor humilla; y si negase la mano a quien se atrevió a pedilla, vengándose mi esperanza le mostrará la experiencia lo que mi valor alcanza, y que a injurias de Valencia ofrece armas la venganza.

Luzón: Bien me parece todo eso.

Don Vicente: Ven, y darete el papel. ¡Ay, Luzón, que estoy sin seso!

Luzón: Tu hermana estaba sin él, y dio en tierra con su espejo.

Vanse.

Portal de una posada en Arganda. Noche.

Don Pedro y Agudo, de camino.

Don Pedro: ¿Hay buenas camas?

Agudo: De Holanda prometen sábanas.

Don Pedro: Bien.

Agudo: Colcha y rodapiés también de red, con su flueco y randa; dos almohadas que alistan lazos de azul y amarillo debajo de un acerillo; y porque sus faldas vistan las manchas de la pared, tres sábanas, aunque tiernas por viejas, distinguen piernas, ya de lienzo, ya de red.

Un cielo encima colgado, con fluecos del mismo modo, que viéndole blanco todo, dije:

«el cielo está nublado», y dos doseles que son adorno del aposento; un prolijo paramento; pintada en él la Pasión, y la historia de Susana con los dos viejos y el baño; y al otro lado del paño, un san Joaquín y santa Ana, y un ángel sobre la puerta, que con las alas los junta; al otro un sayón que apunta a un san Sebastián, que acierta luego un san Antón muy viejo con su vestido de estera, y debajo la escalera junto de él, un san Alejo.

Remátase la labor con la espigadera Rud cual le dé Dios la salud al bellaco del pintor.

Don Pedro: Con eso vive contenta aquesta gente sencilla. No es Arganda mala villa.

Agudo: Tiene un soto que sustenta con su caza, y entretiene a sus vecinos y dueños. Corren toros jarameños, que a gozar la corte viene,

por pasar por el Jarama, de quien sus vecinos beben las fuerzas con que se atreven, que son bravos de la fama.

Don Pedro: ¿Está la maleta arriba?

Agudo: Dando abrazos al cojín.

Don Pedro: ¡Que hoy hemos de entrar en fin, en Madrid!

Agudo: Él te reciba con buen pie; que es menester confesar y comulgar, como quien se va a embarcar, quien su golfo quiere ver.

Don Pedro: ¿Golfo?

Agudo: Y no de muchas leguas.

Don Pedro: Bien dices, si a Madrid llamas manso golfo de las damas.

Agudo: Antes golfo de las yeguas. ¡Qué mal su rumbo conoces! ¿Mas, qué te han de marear la bolsa luego al entrar, si tiran sus olas coces?

Don Pedro: ¿Por qué, si a casarme voy?

Agudo: Tu nombre lo ha declarado. ¿De marido a mareado, qué va?

Don Pedro: Satisfecho estoy de que en doña Serafina no hay recelo que me asombre, porque, del modo que el nombre, tiene la fama divina.

Agudo: Serafín bien puede ser; mas no creo en serafines, que por andar en chapines son fáciles de caer. Y serafines caídos, ya tú ves que son demonios.

Don Pedro: ¿Cómo aquesos testimonios les levantan, atrevidos?

Agudo: ¿Hasla visto?

Don Pedro: ¿Cómo puedo, si ha un mes que desembarqué en Sanlúcar y llegué de México?

Agudo: ¿Y sin más miedo te vas a casar con ella, sus virtudes canonizas, su hermosura solemnizas, y te enamoras sin vella?

Don Pedro: Escribió su padre al mío sobre aqueste casamiento; que no pudo el elemento del mar enfadoso y frío anegar correspondencias de su pasada amistad, pues las que la mocedad funda, vencen las ausencias.

Informose de su estado, que por ser tan conocido mil testigos ha tenido, que a las Indias han pasado; de su hacienda, que es copiosa; de la edad, virtud y fama que en Madrid tiene mi dama.

Supo que era virtüosa como bella, y en belleza la misma exageración, celebrada en opinión, apetecible en riqueza, moza, apacible, discreta, y un sujeto digno, en fin, de tan bello serafín.

Agudo: ¿Pintótela algún poeta?

Don Pedro: No, sino la fuerza mucha de la verdad, que pasada por agua, es más estimada, porque allá, tarde se escucha.

Agudo: ¿Y lo crees como evidencia?

Don Pedro: Conozco con claridad, en la ausencia, la verdad, la lisonja en la presencia. No son los hombres de ahora de tan sanas intenciones, que en vez de murmuraciones, se hagan lenguas cada hora en alabar excelencias de quien no interesan nada, pues aun de la más honrada, sacan falsas consecuencias.

Fama, Agudo, que ha llegado limpia a México, y a prueba de las lenguas, ¡cosa nueva!

Agudo: Y más donde es tan usado el murmurar, que sin ciencia colige toda criatura: «Indiano, luego murmura». Bien vale la consecuencia.

Don Pedro: Partí a Cuenca desde el puerto en busca de un tío anciano, rico y de mi padre hermano: había un año que era muerto; y sin

darme a conocer a deudos impertinentes (que a título de parientes, salteadores suelen ser de la perseguida plata, más segura de escapar de los peligros del mar, que de un pariente pirata), voy a Madrid, donde espero ver si se iguala en mi dama la presencia con la fama.

Agudo: Cenaremos, lo primero, y dormiremos un rato.

Don Pedro: Cenar sí, mas dormir no.

Agudo: El reloj las doce dio.

Don Pedro: Ponerme a caballo trato, con el bocado en la boca. ¿Qué tenemos que cenar?

Agudo: Puesto está un conejo a asar, y una perdiz, a quien coca una bota yepesina, mezclada con hipocraz, y muerta por darnos paz.

Don Pedro: ¿No hay más?

Agudo: Hay una gallina fiambre, y medio pernil mercader, que trata en lonjas (¡y qué tales!); como esponjas de Baco, hay medio barril de aceitunas vagamundas; que las de oficio se van de Córdoba a cordobán; y si en postres asegundas, en conserva hay piña indiana, y en tres o cuatro pipotes, mameyes, cipizapotes; y si de la castellana gustas, hay melocotón y perada; y al fin saco un tubano de tabaco para echar la bendición.

Don Pedro: Mira si hay en la posada algún noble forastero, que, en mi mesa compañero, nos haga menos pesada la cena.

Agudo: Nadie ha venido.

Don Pedro: Sin compañía, ya sabes que son tasajos las aves para mí.

Agudo: Escucha: ruido de cabalgaduras. ¡Siento, que entran!

Dentro.

Cornejo: Loado sea Dios, ¿hay posada para dos, seó huésped?

Dentro.

Posadero: Y para ciento.

Dentro.

Don Gabriel: Alto, pues; ten de ese estribo.

Salen Don Gabriel, Cornejo y el posadero.

Don Gabriel: ¿Qué hora es?

Agudo: Las doce han dado.

Don Pedro: Seáis, señor, bien llegado.

Cornejo: Venga un harnero y un cribo, y en ellos paja y cebada.

A Don Pedro.

Don Gabriel: Dios guarde a vuesa merced.

Al posadero.

Don Gabriel: Esa maleta meted donde no nos pongan nada.

Cornejo: Huésped, venga un aposento.

Don Pedro: En el nuestro puede estar, que luego hemos de picar, y recibiré contento que favorezcáis mi mesa; que aunque la cena se enfría, aguarda compañía.

Don Gabriel: Liberalidad es esa digna de vuestra presencia.

Don Pedro: Pon a asar otro conejo y perdiz.

Don Gabriel: Saca, Cornejo, ese capón.

Vanse Cornejo, Agudo y el posadero.

Don Pedro: De Valencia, conquista antigua del Cid, vendréis.

Don Gabriel: Antes determino hacer allá mi camino.

Don Pedro: ¿Pues salistes de Madrid?

Don Gabriel: Para serviros.

Don Pedro: ¿A qué hora?

Don Gabriel: A las diez.

Don Pedro: ¡Buen caminar! Traeréis de allá que contar mil nuevas.

Don Gabriel: Haylas cada hora; pero dejando en secreto sucesos que por mayor no contallos es mejor, porque a sus dueños respeto por buenas nuevas os doy que el rey ha convalecido.

Don Pedro: Gracias a Dios.

Don Gabriel: Y ha salido a Atocha en público hoy.

Don Pedro: Habrá la corte con eso vuelto en sí; que me contaban que en ella todos andaban sin color, sin gusto y seso.

Don Gabriel: Mi palabra os doy, que ha sido la mayor demostración de lealtad y de afición que en historias he leído. No sé yo que se haya hecho sentimiento general con tal muestra y llanto tal, por ningún rey.

Don Pedro: Muestra el pecho el reino que a tal rey debe, que en él goza un siglo de oro. Sin conocerle, le adoro.

Don Gabriel: ¿Queréis más, si es que eso os mueve, que todo el tiempo que ha estado en contingencia su vida, hasta la gente perdida dicen que se había olvidado de ejecutar la ganancia de su trato deshonesto?

Don Pedro: Echó el sentimiento el resto, y conoció la importancia de la vida de tal rey, cuya mansedumbre extraña es causa que goce España su hacienda, su paz, su ley, sin contrastes ni temores.

Don Gabriel: ¡Cosa extraña, que en veinte años que reina, ni hambres, ni daños, pestes, guerras, ni rigores del cielo hayan afligido este reino!

Don Pedro: Antes por él mana España leche y miel. De promisión tierra ha sido.

Don Gabriel: No le viene el nombre mal, pues que en su tiempo ha alcanzado Castilla el haber comprado la hanega de trigo a real, y el dar la cosecha a medias del vino, a quien a ayudar se atreviere a vendimiar.

Don Pedro: ¿Qué hay en Madrid de comedias?

Don Gabriel: Todo lo ha desazonado la salud del Rey en duda: no hay quien con gusto a ella acuda. La corte había alborotado con el Asombro Pinedo, De la limpia Concepción; y fuera la devoción del nombre, afirmaros puedo que en este género llega a ser la prima.

Don Pedro: ¿Y de quién?

Don Gabriel: De Lope; que no están bien tales musas sin tal Vega.

Don Pedro: Por mi opinión argüís.

Cornejo: Si es que habemos de picar, ¿qué aguardas? Alto, a cenar.

Don Gabriel: ¿De dónde, señor, venís?

Don Pedro: De Cuenca inmediatamente, y de las Indias después.

Don Gabriel: ¿Mucha plata?

Don Pedro: El interés, como siempre está en creciente, todo lo juzga menguante. Venid; que mientras cenemos, muchas cosas trataremos.

Don Gabriel: Id, que yo os sigo al instante.

Vase Don Pedro.

Don Gabriel: ¿Adónde, Cornejo has puesto nuestro hato?

Cornejo: En esta sala donde cenáis, que no es mala, pues estos se van tan presto. Junto a su maleta está la nuestra.

Don Gabriel: Ya te he advertido que no digas que he venido de Valencia...

Cornejo: Acaba ya.

Don Gabriel: Ni que don Gabriel me llamo de Herrera.

Cornejo: Pues que yo dejo el Beltrán por el Cornejo, no diré el nombre de mi amo.

Don Gabriel: Don Pedro soy de Mendoza, Cornejo, de aquí adelante.

Cornejo: ¡Cuál estará la Violante!

Don Gabriel: Anda ahora.

Cornejo: ¡Pobre moza!

Vanse.

Calle de Vallecas, por donde pasa el camino real.

Doña Violante: No hallo disfraz mejor para remediar mi ultraje, Aguado, que el labrador.

Aguado: Y estate tan bien el traje, que por ti lo será amor.

Doña Violante: Si mi don Pedro tirano, como sospecho, ha venido a la corte, y como es llano, viendo su honor ofendido, ha de seguirle mi hermano, ¿cómo podré andar segura entre los dos, sino ansí?

Aguado: ¿Qué es, pues, lo que hacer procura tu ingenio?

Doña Violante: Mudar en mí con el traje la ventura. Buscar el alma robada que se va tras el honor, dar, ya que estoy deshonrada, diligencias a mi amor, o a mis agravios espada.

En Madrid hay tribunales para todos, y también han de hallarle en él mis males; a extranjeros trata bien, si mal a sus naturales. Yo espero en Dios que ha de ser madre Madrid de mi honor.

Aguado: Industriosa es la mujer, el amor enredador, y los dos sabréis hacer engaños con que salir de don Pedro vencedores. ¿Ámasle?

Doña Violante: Como el vivir.

Aguado: Árbol que ha dado las flores, nunca supo resistir el fruto a quien las cogió.

Doña Violante: Como él en Madrid esté, de mi ingenio espero yo que fin dichoso me dé, si mal principio me dio.

Aguado: El que hoy habemos tenido, no le promete muy malo, pues al fin te ha recebido el labrador, que señalo por dueño tuyo.

Doña Violante: Hemos sido dichosos en esto. En fin, soy Villana de Vallecas.

Aguado: Por el sayuelo y botín el oro y la seda truecas de la ropa y faldellín, lindamente le engañé.

Doña Violante: No oí lo que le dijiste; que de industria me aparté.

Aguado: Discreta en todo anduviste.

Díjele que te saqué, siendo un hombre principal y mayorazgo de Ocaña, de tu casa y natural, porque tu hermosura extraña, ennobleciendo el sayal que de tu sangre heredaste, me obligó a que te ofreciese el sí de esposo, y que al traste con obligaciones diese que a mi nobleza usurpaste; y mis padres y parientes, contradiciendo mi amor, coléricos y impacientes que hija de un labrador agravie a sus descendientes, procuraban darte muerte; y yo, como quien te adora te truje aquí de la suerte que se vio; y pretendo ahora de su furor esconderte.

Que te reciba en su casa, como que a servirle has ido, mientras este rigor pasa; y siendo yo tu marido, venzamos la suerte escasa. Hele dado unos escudos, y ofertas para después, que debajo de cien nudos la cárcel del interés los tiene presos y mudos.

En fin, el buen Blas Serrano dice que con el secreto que pide el caso, está llano por mí a tenerte respeto; mas porque el vulgo villano

no malicie esta quimera, que le sirves fingirás, tal vez siendo lavandera, y tal, si a la corte vas, trasformada en panadera.

Doña Violante: Todo eso viene a medida de lo que yo he menester. ¡En fin, mudando de vida, en Madrid he de vender pan!

Aguado: Si tu amor a él convida, no se le darás a secas, pues con tu vista quien te ama, come gustos que en sí truecas.

Doña Violante: A fe que ha de dejar fama la villana de Vallecas, pero tú, ¿dónde has de estar? Que en Madrid es peligroso, si en él te viniese a hallar mi hermano.

Aguado: El que es cuidadoso se sabe en Madrid guardar; pero en Alcalá de Henares, sin ese miedo estaré.

Doña Violante: Con todo, es bien que repares no pase por él.

Aguado: Sí haré.

Doña Violante: Y cuando a verme llegares, sea sin que nota des a esta gente maliciosa.

Aguado: Entre tanto que aquí estés, cada semana es forzosa tu vista tres veces.

Doña Violante: ¿Tres?

Aguado: Y aún es poco. Pero aguarda: ¿qué gente es esta?

Doña Violante: No sé. Cualquier sombra me acobarda. ¿Si es mi hermano?

Aguado: No hay de qué temer; que el sayal te guarda.

Don Pedro: ¡Que no te dé mil estocadas, perro, traidor! ¡Que no te quite yo la vida!

A Aguado.

Agudo: Déme favor, hidalgo.

Don Pedro: Será yerro que ninguno por ti perdón me pida.

Agudo: Las maletas troqué, señor, por yerro. Era de noche, y mucha la bebida. Madrugaras tú menos.

Don Pedro: ¿Qué esto escucho? ¡Vive Dios!

Aguado: Deteneos.

Agudo: Pues ¿fue mucho...?

Don Pedro: Quitaos delante, bella labradora; caballero, dejadme que le corte las piernas.

Agudo: ¡Válgame nuestra Señora de Atocha!

Doña Violante: Vuestro enojo se reporte.

Don Pedro: ¿Qué tengo yo de hacer, bárbaro, ahora? ¿Con qué despechos entraré en la corte? ¿Cómo creerá don Juan que soy don Pedro?

Agudo: ¡Bien por servirte desde niño medro!

Doña Violante: ¿No sabremos la culpa que ha tenido este pobre criado?

Don Pedro: A Dios pluguiera que nunca yo le hubiera conocido, o que al tomar la barra se muriera. ¿A quién tal desventura ha sucedido? Cuando en Madrid mi serafín me espera para darme de esposa el sí y la mano, ¿con qué testigos me creerá su hermano?

¿Cómo podré afirmar que de don Diego de Mendoza soy hijo, y que ha pasado mil leguas de agua el amoroso fuego, que desde Arganda aquí, lloro apagado?

Los despachos, las joyas, con el pliego en que mi amor venía confiado del virrey y mi padre, por ti pierdo: pues no te doy la muerte, no soy cuerdo. Torna tras ese hombre, traidor; anda. Sube en mi macho: alcánzale, si puedes.

Agudo: El mozo fue tras él; la furia ablanda. No hayas temor que sin maleta quedes. A las dos se acostó el otro en Arganda, y entre cortinas que enmarañan redes, dormideras de Yepes y lo asado le mandaron volverse al otro lado.

Esta es la hora que, deshecho el trueco, vuelve en mi mula aquí, donde le dije que le aguardabas. Lo que a escuras peco, perdona al sol, o nuevo mozo elige.

Si te ofendiera yo, el celebro seco, y el vino y sueño que a un monarca aflige no humedecieran mis sentidos y ojos, tuvieran causa justa tus enojos.

Doña Violante: Si bastan a obligaros, caballero, ruegos de una mujer y de un hidalgo, y aquí por fuerza habéis de deteneros, porque ocupéis aqueste tiempo en algo, contadnos la ocasión de entristeceros.

Don Pedro: ¿Cómo podré, cuando de seso salgo? Mas siempre, o perdidoso u ofendido, uso ser con mujeres comedido.

Criollo soy de México, que es nombre que dan las Indias al que en ellas nace; a su virrey serví de gentilhombre, que a bien nacidos honra y satisface; la hacienda heredo a un padre y el renombre, de quien España tanto caudal hace por los linajes que en sus reinos goza, y llámome don Pedro de Mendoza.

Aparte.

Doña Violante: ¡Ay cielos! Este ¿no es el apellido del ingrato que busco disfrazada?

Don Pedro: Mi padre, desde España persuadido por un amigo que en la edad pasada tuvo en Madrid y no borró el olvido, siendo estafetas una y otra armada, de una hija que tiene, determina hacerme esposo, en nombre Serafina.

Tres meses ha que en un navío de aviso le escribió que en la flota venidera me embarcaría, y para aviarme quiso que en barras treinta mil pesos trujera; mas como el mar sepulta de improviso toda una armada, si se enoja, entera, no se atrevió a fiar tanto tesoro deste Midas que traga plata y oro.

Así en correspondientes de Sevilla y de la corte, cédulas librando, de Sanlúcar pisé la antigua orilla, barras su barra célebre surcando.

No quisieron deseos de Castilla detenerse en Sevilla registrando de su contratación tantos haberes, ni hablar sus codiciosos mercaderes; antes por ver que entonces ocupados andaban en registros y cobranzas, para otro tiempo dilaté cuidados, trayéndome conmigo las libranzas.

Con dos mulas en fin y dos criados, cargado de papeles y esperanzas, llegué de Cuenca a la famosa sierra, antigua patria de mi padre y tierra.

Tenía en ella un tío que hallé muerto, y sin hablar a deudos codiciosos, guié a la corte, que es general puerto del mundo, con bajíos peligrosos, y anoche, cuando ya juzgué por cierto el fin de mis viajes enfadosos, como mi amor prosigue en su demanda, por ser de noche me quedé en Arganda.

Aguardaba mi cena a un compañero conversable, que a solas nunca trato dar al cuerpo sustento; que es grosero cualquier manjar sin el discreto trato. A la conversación llamó salero del alma un sabio; y, como cualquier plato sin sal jamás está bien sazonado, la mesa así también sin convidado.

Mi deseo cumplió (que no debiera) un forastero que tomó posada en mi propio mesón. ¡Nunca a él viniera! Recebile cortés, y aderezada la cena, convidele a que subiera a mi aposento, y porque mi jornada a

la corte sería de allí a un rato, mandé al mozo que en él pusiese su hato.

Juntamos cenas, supe su camino, tratamos varias cosas en la mesa, y el fin apenas con el postre vino, cuando dándome amor y el tiempo priesa, mandé ensillar; y el sueño o desatino deste que de mi dicha y bien le pesa, trocando las maletas y cojines, a dichosos principios dio estos fines.

En conclusión, dejándose la mía en la posada, la del forastero me puso en el arzón. Descubrió el día aqueste engaño, y no será el postrero. Considerad vosotros lo que haría quien, fuera de las joyas y dinero, que deben de valer cinco mil pesos, pierde cartas, libranzas y procesos.

De veinte mil ducados y más, pasa la cantidad que en cédulas me lleva: mirad sin ella, cuando amor me abrasa, cómo es posible que en Madrid me atreva a pretender esposa, ni en su casa ose entrar, si me faltan para prueba de que don Pedro soy, cartas de abono.

A Agudo.

Don Pedro: ¡Que la vida, villano, te perdono!

Doña Violante: Prométoos que es desgracia nunca oída; mas supuesto que el mozo fue por ella, antes que el otro empiece su partida, el trueco deshará, y no habrá querella.

Agudo: La escuridad, y el ser tan parecida con la del otro, me obligó a ponella, por darme prisa tú, sobre tu macho.

Don Pedro: Mejor dijeras por estar borracho.

Mateo: ¡Válgate el diablo por hombre! Por arte de encantamento debió de llevarle el viento, sin dejar rastro ni nombre.

Don Pedro: ¿Qué hay, Mateo?

Mateo: Par Dios, nada.

Don Pedro: ¿No parece?

Mateo: No, señor.

A Agudo.

Don Pedro: ¿Qué dices de esto, traidor?

Mateo: Cuando llegué a la posada, ya él estaba en cas de Judas: ni aun memoria de él no hallo. Al instante que a caballo te pusiste, apenas mudas el paso, cuando picó, y sin saberse por dónde. O es dimonio que se esconde, o la tierra le sorbió.

Don Pedro: A Valencia dijo que iba.

Mateo: Pues debiote de mentir: que un pastor le vio salir, y en vez de echar hacia arriba, tomando a la mano izquierda, dijo que fue hacia Alcalá. Seguile; mas nadie da señas de él.

A Agudo.

Don Pedro: ¡Que por ti pierda mi hacienda, infame, y mi ser!

Mateo: Como ninguno me daba señas de cuantos topaba, tuve por mejor volver acá, que siendo virote, perderme también.

Don Pedro: ¡Yo he sido harto dichoso!

Mateo: Engañote.

Aparte.

Doña Violante: Su pérdida cada cual siente, vengativo amor. Yo lloro la de mi honor, y este la de su caudal.

Mateo: Mira qué habemos de hacer deste cojín y maleta.

Don Pedro: Abrasallos.

Mateo: No es discreta sentencia, a mi parecer, la que das.

Don Pedro: ¿Qué he de hacer, pues?

Mateo: Mejor será que la abramos, y por lo que trae, sepamos dónde camina o quién es este demonio escondido; que quizá en ella vendrán prendas que pregón serán echado tras el perdido. El candado tengo roto.

Ábrela.

Mateo: ¿Sacaré?

Don Pedro: Haz lo que quisieres.

Mateo: Papeles hay. Si los vieres, por ellos, como piloto, haremos nuestro camino.

Va sacando.

Mateo: Un retrato, ¡vive el cielo!, he topado.

Don Pedro: ¡Buen consuelo!

Mateo: ¡A fe que el rostro es divino, de la dama!

Don Pedro: Arrójale con la maldición.

Doña Violante: ¿Al suelo echa la imagen?

Alza el retrato y conócele.

Aparte.

Doña Violante: ¡Ay, cielo! ¿Qué he visto?

Hablando aparte con su ama.

Aguado: Paso, ¿qué fue?

Doña Violante: ¡Ay, Aguado! Mi retrato.

Aguado: ¡Válgame Dios! Ya concluyo que es don Pedro el dueño suyo; pero impórtate el recato. Disimula, que ya creo que en Madrid tu esposo está.

Disimulando.

Doña Violante: La Magdalena será; que así en la igresa la veo con su copete y gorguera; el bote sólo le marra.

Aguado: ¿Pues bésasla?

Doña Violante: Está bizarra; pondrela a mi cabecera.

Mateo: Un legajo de papeles es este.

Don Pedro: Desátalos.

Agudo: Versos son estos, por Dios.

Don Pedro: ¿Hay sucesos más crueles? ¡Para quien mi rabia ve, es bien que versos me cante!

Leyendo un papel.

Agudo: Soneto a doña Violante, la noche que la gocé.

Aguado: No se descuidó el poeta.

Doña Violante: Si la pobre está gozada, no es Violante, mas violada. Echadme acá esa soneta, pondrela por rocadero, y enseñarémosla a hilar; mas no, que siendo cantar, mejor es para el pandero.

Leyendo otro papel.

Agudo: Memoria de cien ducados que he de pagar en Madrid a Andrés de Valladolid, por otros tantos prestados aquí en Amberes.

A Agudo.

Mateo: ¡Por Dios que son buenas hipotecas de las maletas que truecas!

Don Pedro: Como haya otras tres, o dos de estas ditas, ¡bien desquito veinte mil y más ducados!

Mateo: Estos son pliegos cerrados.

Don Pedro: Mira pues el sobrescrito.

Agudo: Este dice: Al presidente de Italia; y este, Al marqués de San Germán; este es a mosén Romén, regente del consejo de Aragón.

Don Pedro: A Madrid va, según esto, el que en tal trance me ha puesto.

Mateo: ¿Quién duda?

Don Pedro: ¿Por qué ocasión me dijo que iba a Valencia?

Agudo: Quizá por entrar secreto; que hay mil lances, en efeto, en que importa la prudencia.

Don Pedro: Él, según lo que parece, viene a España desde Flandes, y trae pretensiones grandes; o como a otros acaece, algo allá le ha sucedido; tuvo al peligro temor, buscó cartas de favor, y a la corte viene huido.

Agudo: La Violante del soneto debe de ser la ocasión de que huya.

Don Pedro: Tenéis razón; por eso vendrá secreto. No he perdido la esperanza, supuesto que a Madrid va, de encontrar con él allá.

Aparte.

Doña Violante: Ni mi amor de su venganza.

Don Pedro: Abre alguna de esas cartas, supuesto que traen cubierta: tendremos noticia cierta de su nombre, pues hay hartas.

Agudo: Dios te la depare buena.

Abre un pliego.

Agudo: Esta del regente abrí.

Don Pedro: ¿Cómo dice?

Agudo: Dice así...

Mateo: ¡Válgate el diablo por cena!

Leyendo.

Agudo: «El capitán don Gabriel de Herrera, en diez años que ha que sirve a su Majestad en Flandes, ha sido mi camarada y amigo. Sus hazañas y servicios son muchos, como mostrarán los papeles que lleva.

Sucediole, sobre palabras que en el cuerpo de guardia tuvo con un capitán tudesco, darle de estocadas; y por ser el delito en tal lugar y con tal persona, le es forzoso huir al amparo de Vuestra Señoría en quien así para el aumento de sus pretensiones, como el perdón de su Majestad, tengo esperanzas hallará, por mi respeto, todo amparo.

Guarde Dios a Vuestra Señoría con la prosperidad que los interesados hemos menester. Amberes y marzo 25 de 1620. Su sobrino de V. S. el maese de campo, don Martín Romén». ¡Miren si lo dije yo!

Don Pedro: Él mostraba en su persona el valor con que le abona la carta, aunque me mintió en el viaje que hacía.

Agudo: Su peligro considera.

Don Pedro: En fin, don Gabriel de Herrera se llama.

Aparte.

Doña Violante: Desdicha mía, ¿qué escucháis? El que destroza ingrato mi honor y fama, aquí don Gabriel se llama, y don Pedro de Mendoza allá. Si los nombres truecas, traidor, vengará, constante, quejas de doña Violante, la villana de Vallecas.

Don Pedro: ¿Qué tiene más la maleta?

Mateo: Ropa blanca es la que hay, toda de Holanda y Cambray con puntas y cadeneta; ligas y medias de seda hay de colores diversos, guantes, y prosas y versos. De papeles, sólo queda un librillo de memoria aquí dentro.

Don Pedro: Sácale; que mejor por él sabré sucesos de aquesta historia; y sin detenernos más, a caballo nos pongamos; que si en Madrid

le buscamos, no se esconderá.

Agudo: Podrás, para encontralle más presto, ir a casa del regente, del marqués y el presidente.

Don Pedro: Pon bien eso.

Mateo: Ya lo he puesto.

Don Pedro: Ya voy consolado en algo.

Aguado: También lo vamos los dos.

Don Pedro: Labradora hermosa, adiós. Daca el macho. Adiós, hidalgo.

Vanse Don Pedro, Agudo y Mateo.

Doña Violante: ¿Qué juzgas de aquesto, Aguado? ¿Qué te parece?

Aguado: No sé, señora, si afirmaré que es de veras o soñado. Sólo digo que has tenido en algún modo ventura, pues lo visto te asegura quién es el que te ha ofendido, y que está en la corte.

Doña Violante: ¡Ay cielos! ¿Don Gabriel de Herrera es el que ha postrado a sus pies mi honor?, ¿el que a mis desvelos da tanta causa?, ¿el que en Flandes, dando muerte a un capitán, mató mi honor?

Aguado: Cerca están de Madrid las torres grandes y casas, pues que no dista más de una legua de aquí. Yendo disfrazada así, gozarás presto su vista, mientras que Madrid te goza en traje de panadera.

Doña Violante: ¿Que en fin don Gabriel de Herrera es don Pedro de Mendoza?

Aguado: Mudan desgracias los nombres; cuando sus peligros dudan...

Doña Violante: Mejor dirás que se mudan las palabras de los hombres.

Aguado: Acá sale nuestro viejo, o por mejor decir, tu amo. ¿En fin, tu esposo me llamo?

Doña Violante: Sí.

Aguado: ¿Y el nombre?

Doña Violante: Don Alejo.

Blas: Pues, Teresa, ¿no es ya hora de her algo en casa? ¿Hasta cuándo los dos heis de estar parlando? La malicia labradora, si muchas veces os ve que con él os arrulláis, levantaraos que rabiáis.

Aguado: Presto, Blas, me partiré. Si es que bien habéis querido, no espanten dilaciones.

Blas: Ya yo sé lo que en razones gasta el amor que es cumplido. También me dio su picón amor en la edad pasada, y muerto por su ensalada, me cupo mi sopetón.

No me espanta nada de eso, que por todo el hombre pasa; pero tengo un hijo en casa que a Madrid hué a vender yeso, y desde que vio a Teresa, con ser desde anoche acá, emberrinchándose va, y que os halle aquí me pesa; que anda el diabro revestido en él.

Aguado: ¿Luego no está aquí segura mi esposa?

Blas: Sí.

Doña Violante: Yo me guardaré, marido.

Blas: Pues ella, señor, se guarda, nadie la podrá ofender; que no es buena la mujer que sufre por fuerza albarda. Ríome yo de que digan que ha habido mujer forzada desde Elena, la robada.

Aguado: A mil las leyes castigan cada día.

Blas: Es papasal. Créalo quien lo creyere. Par Dios, que si uno no quiere, que dos que barajan mal. La reina doña Isabel dejó este ejempro probado con la del puño cerrado, y yo, señor, me atengo a él.

Aparte.

Aguado: No ha estado el discurso malo.

Blas: Digo, pues, importa poco que Antón por vos esté loco; pues con darle con un palo, si vos no queréis, Teresa, poco daño os hará en casa; que el panadero no amasa, cuando no quiere el artesa.

Aguado: Ahora bien, Blas, yo me parto: mi Teresa os encomiendo. Dinero os iré trayendo cada día.

Blas: Acá deja harto, pero no se le dé nada; que sarnosos y avarientos nunca diz que están contentos.

Aguado: Adiós pues, esposa amada; Blas Serrano, adiós.

Blas: Adiós.

Vase Aguado.

Blas: ¿Qué habemos de hacer agora?

Doña Violante: Si hay pan cocido, a buen hora iré a Madrid.

Blas: ¿Sabréis vos vendello?

Doña Violante: ¿Pues soy yo zurda?

Blas: Los cortesanos, si os ven, temo que fayanca os den.

Doña Violante: No haya miedo que me aturda, con un palo y con un arre, y un jo que te estriego, suelo dar con un hombre en el suelo.

Blas: El dimuño que os agarre. El pan de Vallecas es, por branco y bien sazonado, en Madrid más estimado.

Doña Violante: Si es que vais al interés, decidme cómo es la tasa, y dejadme el cargo a mí.

Blas: A veintidós vale.

Doña Violante: ¡Ah!, sí. Y si deso el precio pasa, y os traigo a real, ¿qué diréis?

Blas: Que Teresa es mi ventura; pero si pan y hermosura, Teresa, en Madrid, vendéis, como no es el pan a secas, no hay precio, ni aun para porte.

Doña Violante: Yo haré que admire a la corte La villana de Vallecas.

Acto segundo

Una calle de Madrid con la casa de Don Gómez.

Don Gabriel: No creí jamás, Cornejo, que tan venturoso fuera.

Cornejo: ¡Oh maleta hermosa, esfera de mi remedio!

Don Gabriel: Ya dejo pretensiones de soldado, pues en diez años que he sido en Flandes, ya entretenido, ya alférez determinado, ya señor de una gineta, no adquirí lo que en un hora la fortuna enredadora me ha dado en una maleta.

Cornejo: ¡Lindo trueco!

Don Gabriel: ¡Hermosas barras!

Cornejo: No me harto de darles besos.

Don Gabriel: Tres hay de oro de a mil pesos, y entre otras joyas bizarras, una banda de diamantes, y de perlas siete vueltas, con otras muchas que sueltas, entre esmeraldas brillantes, guarda un cofre de carey.

Cornejo: Así a la tortuga llaman las Indias que oro derraman.

Don Gabriel: Hay un cintillo, que el Rey no sé si mejor le tiene, fuera de los cabestrillos, las arracadas y anillos, donde tanta piedra viene, que podremos empedrar toda esta calle con ellas.

Cornejo: Pisara Madrid estrellas.

Don Gabriel: Hay una piedra bezar, entre otras tres, guarnecida de oro, mayor que un huevo.

Cornejo: Con tales yemas, me atrevo a no comer en mi vida sino huevos, sin la bula.

Don Gabriel: Dejo otros melindres mil de nácar, carey, marfil, con que el interés adula la codicia de las damas. En fin, la maleta está hecha una colmena.

Cornejo: Y da panales del oro que amas. Mas ya que lo cuentas todo, ¿por qué olvidas las libranzas?

Don Gabriel: Porque estriban en cobranzas, y es peligroso su modo; que ni en Sevilla ni aquí descubrir me atreveré a quién vienen.

Cornejo: ¡Bueno, a fe! ¿No abriste las cartas?

Don Gabriel: Sí; que viniendo con cubierta, cuando dellas me aproveche, como otras nuevas les eche, no habrá quien en ello advierta.

Cornejo: Y su dueño descuidado, ¿no es don Pedro de Mendoza?

Don Gabriel: De ese ilustre nombre goza, según ellas me han mostrado.

Cornejo: ¿Tú y todo no te confirmas con el mismo nombre?

Don Gabriel: En él trueco el de don Gabriel.

Cornejo: Pues si te abonan sus firmas, y esotro no es conocido, ni de México salió otra vez, donde nació, conforme lo que has leído, ¿no puedo yo en nombre suyo partir y cobrallo todo con las cédulas?

Don Gabriel: No es modo, Cornejo, discreto el tuyo. ¿Tan descuidado ha de ser el otro, ya que ha perdido lo que consigo ha traído, que al instante no ha de hacer en Sevilla diligencias, y aquí, para que le entreguen la plata, por más que aleguen cartas, ni correspondencias?

¿No ha de tener en Sevilla quien le conozca de allá?

Cornejo: En Sevilla sí tendrá; pero dúdolo en Castilla.

Y supuesto que consigo ha de tener tus papeles, sin que en eso te desveles, sirviendo yo de testigo, puedes hacerle prender por la

muerte que en Amberes diste al tudesco; y si quieres el serafín suyo ver, con quien a casarse vino, y te pareciere tal, no viene el enredo mal.

O si no, ponte en camino, y vámonos a Granada, patria nuestra (que es mejor), pues con tanto oro, señor, no tendrás que invidiar nada a don Antonio de Herrera, tu hermano, puesto que goza tal mayorazgo y tal moza.

Don Gabriel: Bien allá pasar pudiera; que en fin con mis alimentos, y con cinco mil ducados que llevo aquí, mis cuidados dieran fin a pensamientos; pero a doña Serafina he visto, Cornejo, ya, y en ella cifrada está la hermosura peregrina del mundo.

Cornejo: Pues, ¿qué tenemos?

Don Gabriel: No sé. ¡Bravo tentador es el oro, del amor!

Cornejo: Haz algo con que lloremos.

Don Gabriel: Estas barras y diamantes, joyas, libranzas, papeles, a pensamientos crueles me inclinan.

Cornejo: No son Violantes todas, señor, ni es Valencia la taimería de Madrid: tiemplan allá a lo del Cid; pero acá lee la experiencia cátedra de socarrones, y nacen en la niñez jugando en el ajedrez de enredos y de invenciones, las damas de más estima.

Como has estado en Amberes, no sabes que las mujeres tienen su juego de esgrima en la corte, en cuyo estilo la que menos sabe, alcanza diez tretas más que Carranza: hieren por el mismo filo, juegan con espadas negras; y a dos idas y venidas, si señalan las heridas y con el juego te alegras, aunque seas un peñasco, la tía, de armas maestra, ha de cobrar, como diestra, primero que toques casco.

Y apenas dos tretas juega, cuando, entrando en su socorro (como hay tantos en el corro al instante que otro llega), sale el amante al en-

cuentro, que te arrima a la pared y dice: «vuesa merced asiente, y entre otro dentro».

Don Gabriel: Que no debe de ser tanto como se dice.

Cornejo: ¿No es juego de esgrima una calle?, y luego ¿no es espada negra un manto que se remata en medio ojo? ¿Zapatilla desta espada la maestra examinada?

¿Armella deste cerrojo no es la tía, que al instante que ve que la mano llegas, y la primer treta juegas, en medio mete el montante con un: «vaya en hora mala»?

¿No pagas monjil y tocas, y apenas el casco tocas, cuando en entrando en la sala don Filotimio o don Porro, asientas, y ella te arrima? No hay dama en Madrid, ni esgrima, que esté sin gente en el corro.

Don Gabriel: Eso será con mujeres comunes; que Serafina es principal.

Cornejo: ¡Peregrina solución! De cuantas vieres tendrás aquesta noticia. En la corte viven todos de industria, y hasta los lodos cubren aquí su malicia. Písalos, si contradices esta común opinión, y te dirá lo que son la ofensa de tus narices.

Don Gabriel: Aquí vive nuestra dama. Por Dios, que tengo de vella.

Cornejo: ¿Mas que ha de tener por ella mal urdiembre aquesta trama? Porque el otro, claro está que ha de venir a buscalla; y si en su casa nos halla, seguramente podrá deshacer nuestra ventura, y el trueco de las maletas.

Don Gabriel: ¿No dices que todo es tretas Madrid? Pues calla y procura seguirme; que no me espanto de estratagemas de amor.

Cornejo: Con las de Flandes mejor te avinieras. Dama y manto he visto, y coche a la puerta, y un galán que la acompaña.

Don Gabriel: Aquí empieza mi maraña. Esta es mi dama.

Cornejo: Y no es tuerta.

Don Gómez: No debe de venir en esta flota don Pedro de Mendoza, pues no escribe, cuando en Sevilla tanto se alborota.

Don Juan: Podrá ser que si postas apercibe, venga a ser carta viva, y ganar quiera albricias de que ya en España vive.

Doña Serafina: ¡Ay, hermano! ¡Qué alegre se las diera quien en deseos con su amor dilata penas de un alma que su vista espera!

Don Gómez: Primero que en registros de la plata negocie con papeles y averías, con la contratación que en eso trata, es fuerza consumir algunos días, obligando ministros y oficiales, confusos entre tantas mercancías.

Don Juan: Andan con pies de plomo aquesos tales, que reales tiran sus oficios reales.

Doña Serafina: ¡Que hubo de darme el cielo casamiento que es, por agua pasado, tan aguado, cuando amoroso fuego es su elemento!

Don Gómez: Dios le traiga con bien; que si ha llegado, darás por bien empleada su tardanza. ¿Adónde vas ahora?

Doña Serafina: Voy al Prado, por buscar en sus flores mi esperanza, y saber de sus fuentes si ha venido; que por salir del mar de su mudanza, me dirán si en Sanlúcar ha surgido. ¡Hola!, acerca ese coche.

Hablando aparte con su criado.

Don Gabriel: A hablarla llego.

Cornejo: Entra con pie derecho.

Don Gabriel: Voy perdido.

Llégase a Don Gómez y sus hijos.

Don Gabriel: Que me digáis adónde vive os ruego, caballeros, don Gómez de Peralta.

Don Gómez: Yo soy el que buscáis.

Don Gabriel: Acertó el pliego. El corazón que de contento salta, adevinaba el bien que en veros goza. Ya México en Madrid no me hace falta. Abrazad a don Pedro de Mendoza.

Don Gómez: ¡Válgame Dios! ¡Qué encuentro tan dichoso! Volved a la cochera la carroza. Querido hijo, triste y cuidadoso, por no saber de vos, me habéis tenido. Serafina, ¿no abrazas a tu esposo?

Doña Serafina: Seáis, señor, mil veces bien venido; que otras tantas os hemos deseado.

Don Juan: Parte de esos deseos me han cabido. Si no es indigno el nombre de cuñado de vuestros brazos, dádmelos agora.

Don Gabriel: ¿Sois vos don Juan?

Don Juan: Seré vuestro criado.

Don Gabriel: No ha mentido la fama voladora, que en Indias vuestro talle encareciendo sus damas mexicanas enamora.

Don Juan: No seáis indiano en eso; que no entiendo que para que yo os sirva es necesaria la merced que me estáis, don Pedro haciendo.

Don Gómez: ¿Buena navegación?

Don Gabriel: Algo contraria, ya con calmas pesadas, ya con brisas, ya con una tormenta extraordinaria.

Don Gómez: ¿No escribiérades luego?

Don Juan: Son precisas las diligencias del que toma tierra.

Don Gabriel: Prometí una novena con cien misas a la Virgen de Regla, que en la sierra de Sanlúcar ha sido nuestro norte, y apaciguó del mar la mortal guerra; partí luego del Betis a esta corte, y por no dividir el gusto en plazos, la carta quise ser, cobrando el porte por junto en parabienes y en abrazos.

Don Gómez: ¿Cuándo llegastes?

Don Gabriel: Cuando anochecía.

Don Gómez: ¿Salistes de Toledo?

Cornejo: Hechos pedazos, ayer salimos a las diez del día.

Don Gómez: Traigan a casa el hato.

Don Gabriel: Una maleta viene ahora no más con ropa mía.

Cornejo: Y más cartas que lleva la estafeta.

Don Gabriel: Los baúles vendrán con el arriero.

Don Gómez: ¿Cómo queda don Diego?

Don Gabriel: Aunque le aprieta algo la gota, y en la edad de acero, según vive de sano y colorado, más luce en él el mayo que el enero.

Don Gómez: A divertirse Serafina al Prado salía, de esperaros impaciente; pero pues a tal tiempo habéis llegado, volvámonos a entrar.

Don Gabriel: No es bien que intente impedir vuestro gusto. A acompañaros iré.

Doña Serafina: ¡Y fuera muy bueno que, si ausente, salía melancólica a buscaros en mi imaginación, cuando os poseo, deje por gustos tibios de gozaros! Entrad, señor.

Don Gabriel: Que sois serafín creo, como en belleza, en discreción.

Aparte.

Cornejo: ¿Qué encanto de Belianís es este en que me veo?

Yéndose.

Doña Serafina: ¡Hola! ¿No hay quien me quite aqueste manto?

Cornejo: ¡Hola! ¿No hay quien la quite aquel manteo?

Vanse Don Gabriel, Doña Serafina, Don Gómez y Cornejo.

Don Juan: Polonia, quédate aquí.

Polonia: ¿Hay en que pueda servirte?

Don Juan: Mucho tengo que decirte y en que fiarme de ti.

Polonia: Agradecida te espera la lealtad que echas de ver.

Don Juan: ¿Reparaste acaso ayer en aquella panadera que proveyó nuestra casa?

Polonia: Y en la blancura del pan, que de leche nos le dan las manos con que le amasa.

Comprelo para la gente; que en la mesa principal de atahona y candeal se gasta ordinariamente; pero viendo en él las flores que su dueño le prestaba, me pareció, si no honraba la mesa de los señores con su blancura, que hacía un delito criminal.

Y en fin, su sazón fue tal, que hasta el viejo se comía las manos tras ellos, y tú los manjares olvidabas, y en él te saboreabas como si fuera alajú.

Don Juan: ¿Que hasta en eso reparaste?

Polonia: ¿No había de reparar, si advertí que en el lugar ni una migaja dejaste, sea apetito o aseo? Si así el avariento fuera, nunca Lázaro tuviera de sus migajas deseo; que todas te las comiste.

Don Juan: Aunque el cuerpo sustentaban, al alma se trasladaban. Mas supuesto que la viste, di, ¿hay sayal más venturoso? Pues de tan bello cristal es la funda aquel sayal, ¿puede el tabí más precioso compararse con su frisa?

Polonia: ¡Bueno estás!

Don Juan: Ni la mañana, cuando entre labios de grana el sol la provoca a risa, ¿admite comparación con aquellos dos corales, que de perlas orientales guardajoyas ricos son? ¿Espira aliento el azahar que al suyo haga competencia?

¿Alcanzó jamás la ciencia del pincel más singular la mezcla de aquel carmín, que con la nieve se enlaza, y en las mejillas abraza el clavel con el jazmín?

¿Es tan hermosa en el cielo la cuna donde el sol nace, como la que el amor hace para sí en aquel hoyuelo que la nariz de los labios divide, y por quien trocara su sepulcro el ave rara muerta entre olores arabios?

¿Divide las dos Castillas Guadarrama majestuosa, como la nariz hermosa, poniendo en paz las mejillas? Ni hay soles que comparar a las niñas de los ojos, que salen quitando enojos, vestidas de verdemar. Que porque de sus marañas libre amor los corazones, son, si sus ojos balcones, celosías sus pestañas.

¿Pudieron arcos triunfales dar soberbia a la ventura, como en esta arquitectura vista a los arcos torales, donde el artífice astuto cifró en obras sus deseos, por los que vencen, trofeos, por los que matan, de luto?

¿Pieza de bruñida plata, gozola jamás señor como su frente el amor, donde por justicia mata libertades en que reine? Ni vio la naturaleza, si no es sólo en su cabeza, que ya el ébano se peine.

¿Hay cristal, hay nieve en pellas, leche o manteca, azahar, que se pueda comparar con aquellas manos bellas, a un tiempo blandas y secas, en mí de fuego y de hielo? Pues todo esto debe al cielo la villana de Vallecas.

Polonia: ¡Ay pobre de vos, don Juan! Mucho el zapato os aprieta, cogido os ha la carreta, zarazas os dio en el pan. ¿Así a las primeras chispas os quema el amor trampero? Pero es hijo de un herrero: es abeja, y pare avispas. ¿Habeisla hablado?

Don Juan: Es un risco.

Polonia: Todas las villanas son gatos en caramanchón, y este debe ser arisco.

Don Juan: No tanto que al despedirse con una risa hechicera, Polonia, la panadera no mostró sentir partirse; y con un sabroso adiós, me dijo: «Acá volveremos mañana, porque tenemos mucho que parlar los dos».

Polonia: ¿Eso dijo la villana?

Don Juan: Amor este plazo acorte.

Polonia: Con el trato de la corte, se habrá vuelto cortesana. Pues bien, ¿qué quieres de mí?

Don Juan: Que cuando con el pan venga, tu discreción la detenga hasta que yo salga aquí; que me tiene rematado.

Polonia: ¡Que en medio de Madrid pueda vencer al sayal la seda!

Don Juan: No es sayal, sino brocado. Pero, ¿no es esta?

Polonia: Don Juan, bien la palabra te guarda.

Don Juan: ¡Ay cielos!, ella es.

Doña Violante: Jo, parda. Jo, digo. ¡Bajen por pan, si han de bajar!

Don Juan: Déjame solo, y no digas arriba nada de esto.

Polonia: ¿Yo? Así viva, que un nudo a la lengua dé. Pero ¿quién de ti creerá que en villanos gustos pecas?

Dentro.

Doña Violante: Venga por pan de Vallecas.

Don Juan: Vete y calla.

Polonia: Adiós.

Dentro.

Doña Violante: Jo, ya.

Vase Polonia.

Don Juan: Vos seáis tan bien venida como por mayo la lluvia, como por enero el sol, como en creciente la luna, que alegrando el caminante, preside en la noche escura, y enseñándole la senda, sus peligros asegura.

Doña Violante: ¿Aquí estaba su mercé? ¿Han vido lo que madruga?

Don Juan: El cuerpo sí, porque el alma desde que ayer os vio, os busca.

Doña Violante: ¿Luego el alma tien buscona?

Don Juan: Y si halla lo que procura, buen hallazgo me prometo.

Doña Violante: ¿Qué ha perdido?

Don Juan: Joyas muchas: la libertad, que se fue de casa, y como criatura, no acierta a volver a ella, por más que llora y pregunta.

Doña Violante: Pues cósala a las espaldas un letrero o escritura, o dé un real al pregonero; que él la hallará, aunque sea aguja, o haga ponelle una corma después, porque no se le huya: que si da en buscar novillos, sin ser música, hará fugas.

Don Juan: Vino ayer una gitana que las libertades hurta, y temo que se la lleva.

Doña Violante: Gitanas son malas cucas.

Don Juan: ¿Y si vos fuésedes esta?

Doña Violante: ¡Mas arre! Habrar con mesura; que entiendo poco de rayas, y no me precio de bruja.

Don Juan: A lo menos hechicera debe ser vuestra hermosura, y vos gitana de amor, que me dice la ventura.

Doña Violante: Bellaca se la prometo, si es que a mí me la pescuda; porque mal la dirá buena quien se queja de la suya.

Don Juan: Donaire tenéis.

Doña Violante: Sin don; que en Vallecas más se usa el aire al limpiar las parvas, que el don que nos las ensucia. ¿Tienen de bajar por pan?

Don Juan: ¿Es blanco?

Doña Violante: Como el azúcar.

Don Juan: ¿Sabroso?

Doña Violante: Como unas nueces.

Don Juan: ¿Reciente?

Doña Violante: Que abrasa y suda.

Don Juan: Todo lo que vos traéis, quema.

Doña Violante: Seré calentura.

Don Juan: ¿Habeisle vos amasado?

Doña Violante: Pues.

Don Juan: ¿Vos misma?

Doña Violante: ¡No, sino el cura!

Don Juan: Partilde, veré si es blanco.

Doña Violante: ¿Es antojo?

Don Juan: ¿Quién lo duda?

Doña Violante: ¿Preñado está?

Don Juan: De deseos.

Doña Violante: Pues no mueva la criatura.

Pártele un pedazo de pan.

Doña Violante: Tome.

Don Juan: Habeisle de partir con los dientes.

Doña Violante: De mi burra. ¿Y querrá que se le masque?

Don Juan: También.

Doña Violante: Arre, que echa pullas.

Don Juan: Pan de vuestra hermosa boca, dado contra mordeduras de celos, perros rabiosos, es pan que el amor saluda.

Doña Violante: ¿Luego rabia su mercé?

Don Juan: Casi, casi.

Doña Violante: Dole a Judas. Apártese, no nos muerda, y pegue el mal a mi rucia.

Don Juan: Mientras vos estáis presente, no osa el mal hacerme injuria, que sois mi saludadora.

Doña Violante: ¿De zahorina me gradúa?

Don Juan: A soplos podéis sanarme: mirad qué barata cura.

Doña Violante: Tráigame pues unos fuelles; darele hartas sopladuras.

Don Juan: Refrescadme el corazón, que en fuego de amor se apura. Llegad, sopladme en la boca.

Doña Violante: Póngala, si soplos busca, aquí, que está el sopladero

Señala la cola de la burra.

Doña Violante: de mi parda, con mesura.

Don Juan: Acabad; no seáis cruel; soplad.

Doña Violante: Arre, que echa pullas.

Don Juan: Bien sabéis vos que os adoro.

Doña Violante: Mejor sé yo que se burla; que no busca en charcos ranas quien tien en la corte truchas.

Don Juan: Engañada estáis en eso; que el que regalos procura, al campo a buscarlos sale: el conejo en la espesura, la liebre corre en los llanos, y por la arena menuda las perdices y palomas; junto de las fuentes puras arma a los pájaros redes, y, alguaciles de sus plumas, las prende con varas altas de varetas, porque no huyan; de suerte, que no hay regalo que a la mesa de la gula sirva platos de deleite, que el campo no lo produzga.

En el campo vivís vos; cazadora es mi ventura, caseras aves la enfadan, perdices del campo busca.

Doña Violante: Pardiez, que en eso acertáis; que las aves o avechuchas de Madrid son papagayos, pluma hermosa y carne dura. ¡Quién se las ve pavonadas arrastrando catalufas, con más joyas que unas andas, y una igreja colgaduras!

Si a pie, nieve sobre corchos, afrenta de la pintura, dando a la plata de coces, que por los lodos ensucian; si a caballo, en cuatro ruedas, y la fortuna sobre una; porque en fin son más mudables tres veces que la fortuna.

Pues desplumadas, veréis cuán poco aprovechó el cura cuando las puso en la igreja la sal, porque no se pudran. Puesto que los que las comen, nos suelen dar por excusa que perdices y mujeres, aunque oliscan, no disgustan.

Don Juan: ¿Hay gracia más sazonada? Dame esa mano.

Doña Violante: ¡O hi de pucha! ¿Y queréis her con ella?

Don Juan: La nieve de su blancura podrá mitigar mi fuego.

Doña Violante: ¿Es mi mano la de Judas, con que matan las candelas, dejando la igreja a escuras?

Don Juan: Dámela, no seas cruel.

Doña Violante: Hágase allá; no se aburra por ella; que tiene dueño.

Don Juan: ¡Ea!

Doña Violante: A fe que le sacuda. ¿No le he dicho que hay quien pida cuenta de ella?

Don Juan: ¿Cuenta?

Doña Violante: Y mucha.

Don Juan: ¿Luego quieres bien?

Doña Violante: Un poco.

Don Juan: ¿Amor tienes?

Doña Violante: Una punta.

Don Juan: ¿Eres casada?

Doña Violante: En eso ando.

Don Juan: ¿Serás, pues, doncella?

Doña Violante: En muda.

Don Juan: ¿Estás concertada?

Doña Violante: Estaba.

Don Juan: ¿Y ahora...?

Doña Violante: Se ofrecen dudas.

Don Juan: ¿Qué esperas?

Doña Violante: Que mos arrojen...

Don Juan: ¿De dónde?

Doña Violante: De la trebuna.

Don Juan: ¿Para desposaros?

Doña Violante: Pues.

Don Juan: ¿Quién lo estorba?

Doña Violante: Mi fortuna.

Don Juan: ¿Tienes celos?

Doña Violante: Por arrobas.

Don Juan: ¿Con justas causas?

Doña Violante: Con justas.

Don Juan: Yo te vengaré.

Doña Violante: ¿Y podrá?

Don Juan: ¿Pues no?

Doña Violante: Es persona robusta...

Don Juan: ¿No es villano?

Doña Violante: Eslo en el trato.

Don Juan: Pues muera.

Doña Violante: ¿Quién lo rempuja?

Don Juan: Tu agravio.

Doña Violante: Él se enmendará.

Don Juan: Los míos.

Doña Violante: ¿En qué le enjuria?

Don Juan: En amarte.

Doña Violante: ¡A Dios pluguiera!

Don Juan: ¿Es mudable?

Doña Violante: Cual la luna.

Don Juan: Aborrécele.

Doña Violante: ¿Por quién?

Don Juan: Por mí.

Doña Violante: Arre, que echa pullas.

Don Juan: Labradora de mis penas, que contándome las tuyas, entre lágrimas y celos mi esperanza traes confusa, si te casas y me dejas, tu vida y mi sepultura celebrará amor a un tiempo.

Doña Violante: Habrá requies y aleluyas. ¿Parécele a su mercé que las labradoras usan quillotros de amor infame, si no es con voluntad limpia?

Don Juan: Limpio es mi amor.

Doña Violante: Si le lava, ¿casarase él por ventura conmigo, como mi Antón?

Don Juan: Por ventura, y será mucha la que el cielo me dará.

Doña Violante: Es muy alto de estatura, y muy pequeña mi suerte.

Don Juan: Amor las iguala y junta.

Doña Violante: No sabré yo entarimarme, ni caminar campanuda en cuatro leguas de ruedo, como cesta de criatura. ¡Bonita es la muchacha para estarse hecha figura, sufriendo en una visita desacatos de una pulga! El amor anda entre iguales; que no hay labrador que unza, si quiere arar igualmente, un camello y una mula.

Supuesto esto, o toman pan en casa, o adiós.

Don Juan: Escucha, simple-sabia de mis ojos.

Si palabras aseguran, si juramentos obligan, si prendas desatan dudas, por la luz de esos dos soles que mis tinieblas alumbran, por el abril de esa cara que el enero no destruya, que si hallo que tu opinión corresponde a tu hermosura, sin mirar en calidades (que amor no las

pide nunca), rendirte he siendo tu esposo, la hacienda que me asegura dos mil ducados de renta.

Doña Violante: Mire, si limpiezas busca, más cristiana vieja soy que Vizcaya y las Asturias.

Don Juan: ¿Has cobrádome afición?

Doña Violante: No sé qué diabros me hurga desque le vi, dentro al alma, quen tien más de mil agujas. Pero en fin, ¿se casará conmigo?

Don Juan: Sin falta alguna.

Doña Violante: ¿Y empalagarase luego?

Don Juan: Amor firme siempre dura.

Doña Violante: Lo dulce luego empalaga, y como el amor es fruta, suele comerse al principio, y enfadar después, madura.

Don Juan: No hayas miedo deso.

Doña Violante: ¿A fe?

Don Juan: Por tu vida.

Doña Violante: ¿Y por la suya?

Don Juan: Todo es uno.

Doña Violante: En fin, ¿le agrado?

Don Juan: Infinito.

Doña Violante: ¿Iré segura?

Don Juan: Noble soy.

Doña Violante: ¿Querrame mucho?

Don Juan: Adorarete.

Doña Violante: ¿De burlas?

Don Juan: De veras.

Doña Violante: ¿Regalarame?

Don Juan: Como a reina.

Doña Violante: ¿Hará locuras?

Don Juan: En quererte.

Doña Violante: ¿Es amorado?

Don Juan: Más que un portugués.

Doña Violante: ¿Arrulla?

Don Juan: Como paloma.

Doña Violante: ¿Rezonga?

Don Juan: De ningún modo.

Doña Violante: ¿Murmura?

Don Juan: Pocas veces.

Doña Violante: ¿Es tahúr?

Don Juan: Sólo en amarte.

Doña Violante: ¿Madruga?

Don Juan: Poco.

Doña Violante: ¿Viene tarde a casa?

Don Juan: Vendré con el sol.

Doña Violante: ¡Cordura! ¿Qué me llamará?

Don Juan: Mi cielo.

Doña Violante: ¿Y qué más?

Don Juan: Mi sol.

Doña Violante: Con uñas.

Don Juan: Mi reina.

Doña Violante: ¿Engalanarame?

Don Juan: Como abril.

Doña Violante: ¿Dirame injurias?

Don Juan: En mi vida.

Doña Violante: ¿Andaré en coche?

Don Juan: Y en carroza.

Doña Violante: ¿Traeré puntas?

Don Juan: De Flandes.

Doña Violante: ¿Y azul?

Don Juan: También.

Doña Violante: ¿Saldré algunas veces?

Don Juan: Muchas.

Doña Violante: ¿A visitas?

Don Juan: Sí.

Doña Violante: ¿Y a toros?

Don Juan: Con balcón.

Doña Violante: ¿Y confitura?

Don Juan: Cuanta quieras.

Doña Violante: Si hay comedias...

Don Juan: No las perderás.

Doña Violante: ¿Ninguna?

Don Juan: Ninguna, pues.

Doña Violante: ¿Iré al Prado?

Don Juan: Irás al sol.

Doña Violante: ¿Y a la luna?

Don Juan: El verano.

Doña Violante: ¿Y qué ha de darme?

Don Juan: El alma.

Doña Violante: Arre, que echa pullas.

Llamando.

Don Juan: ¡Polonia!

Polonia: ¿Qué es lo que mandas?

Don Juan: Tomar todo el pan procura, y mete allá ese animal.

Doña Violante: Hay media hanega.

Don Juan: Haya una.

Polonia: Pan hay para dos semanas.

Vase Polonia.

Doña Violante: Sáqueme luego la burra; que anochece; y si voy tarde, temo que mi viejo gruña. Págueme.

Don Juan: En este diamante.

Doña Violante: ¡Han vido cómo relumbra!

Don Juan: Como tus ojos.

Doña Violante: ¿Es falso?

Don Juan: No hay cosa en mí falsa alguna.

Doña Violante: ¿Y qué más?

Don Juan: Esta cadena.

Doña Violante: ¿De alquimia?

Don Juan: Cual tu hermosura, de veinticinco quilates.

Doña Violante: ¡Qué bien vende sus agujas!

Don Juan: Y este bolsillo después.

Doña Violante: ¿Son menudos?

Don Juan: Es menuda para tus merecimientos cuanta hacienda entra en Sanlúcar.

Doña Violante: Franco es.

Don Juan: Selo tú.

Doña Violante: ¿En qué?

Don Juan: En darme una mano.

Doña Violante: ¿No más que una?

Don Juan: Basta.

Doña Violante: Velas aquí dambas.

Don Juan: Vengan.

Doña Violante: Arre, que echa pullas.

Don Gómez: Dejémosle por un rato descansar. ¿Qué te parece?

Doña Serafina: Que su presencia merece, noble y apacible trato, cualquier generoso empleo.

Don Gómez: No importa poco este abono.

Doña Serafina: Ya su tardanza perdono, si hizo mártir mi deseo. ¡Gallarda moza!

Don Gómez: Don Juan, ¿qué labradora es aquesa?

Don Juan: La que sazona tu mesa con el más sabroso pan que Vallecas dio a Madrid.

Don Gómez: ¿Vos sois quien nos trajo ayer pan?

Doña Violante: Y hoy lo vuelvo a vender.

Don Gómez: Cada día acá venid; que como iguale al primero, tendréis en mí un parroquiano.

A Don Juan.

Don Gómez: ¿Cómo dejaste al indiano y aquí te quedaste?

Don Juan: Quiero prevenille el aposento y dar en su cena traza.

Don Gómez: Vaya ese mozo a la plaza.

Don Juan: No habrá cosa de momento en ella; que es tarde ya.

Don Gómez: La despensa del Marqués, o la de algún ginovés, ni huésped regalará, que se ha de quedar por hijo en casa.

Doña Serafina: ¡Notable agrado tiene nuestro encomendado!

Don Juan: ¿Ya le alabas?

Doña Serafina: Ya le elijo por dueño.

Hablando con su criado aparte al salir.

Don Pedro: No hay dar con él.

Agudo: ¡Válgate el diablo por hombre! Madrid es mar; no te asombre que no halles tan presto en él un atún, donde andan tantos.

Don Pedro: No he perdonado mesón.

Agudo: Casas de posada son castillos destos encantos.

Don Pedro: De don Gómez, he sabido que vive aquí.

Agudo: Imprudencia ha sido la negligencia que en descubrirte has tenido. Háblale; que con su ayuda será más fácil hallar este diablo.

Don Pedro: Ha de dudar de mí.

Agudo: Entre tanto que duda dando señas de quien eres, esotro parecerá.

Don Pedro: Aquí don Gómez está.

Agudo: Cuanto más te detuvieres, más agravias a tu amor. Pero, ¿conócesle?

Don Pedro: Sí. Ayer mañana le vi.

Agudo: Pues llega a hablarle, señor.

Llegándose a Don Gómez.

Don Pedro: Si vuestros brazos merece quien por gozar vuestra casa el piélago inmenso pasa que sepulcro al sol ofrece, los trabajos restaurad de viaje tan prolijo en quien, siendo vuestro hijo, hace deudo la amistad que con mi padre tuvistes, y por vos España goza. Don Pedro soy de Mendoza.

Don Gómez: ¿Cómo es eso?

Don Pedro: Si escrebiste a don Diego, mi señor, deseos de que viniera de México, y mereciera juntar en uno el valor de vuestra casa y la mía; en fe de cumplillos vengo, puesto que ocasiones tengo más de pesar que alegría.

Don Gómez: Caballero, no os entiendo. ¿Que sois don Pedro decís de Mendoza, y que venís de México?

Aparte.

Doña Violante: ¿Qué estoy viendo? ¿No es este aquel caballero que la maleta trocó, y el engaño declaró de mi don Gabriel? ¿Qué espero?

Don Pedro: Muy cuidadoso entendí que en mi venida os hallara; mas quien tan seco repara en mis palabras así, no debe de aguardar yerno de Indias, o habrá tenido nuevas que se habrá perdido.

Creí que amoroso y tierno, mi nombre apenas dijera, cuando os hallara colgado de mi cuello, y que turbado, mientras la lengua pudiera darme alegre el bien venido, los ojos le interpretaran con lágrimas que mostraran el amor que habéis fingido.

Don Gómez: ¡Ah don Juan! ¿No escuchas esto? Serafina, ¿esto no ves?

Don Pedro: ¿Aqueste el serafín es que en tanto rigor me ha puesto? ¿Vos sois don Juan de Peralta? Dadme los brazos los dos.

Doña Serafina: Téngase, señor. ¡Ay Dios! ¡Qué grosero!

Don Pedro: ¡Esto me falta, tras la pérdida pasada! Desengáñalos, Agudo.

Agudo: De admiración estoy mudo.

Don Pedro: ¡Oh Madrid, Creta encantada! ¿Esto es lo que en ti medro?

Don Juan: Que vos, don Pedro, os llaméis de Mendoza o no, sabréis que el verdadero don Pedro ha un hora que en casa está por hijo de ella admitido, por cartas reconocido, y por las señas que da.

Don Gómez: Si la corte os ocasiona y sus enredos a usar marañas con que engañar, no es digna vuestra persona de tan ruin proceder.

Doña Serafina: Mejor fuera dar noticia de este engaño a la justicia.

Don Pedro: ¡Cielos! ¿Esto vengo a ver? No me espanto que engañado, señor don Gómez, neguéis en quien nunca visto habéis la acción que el cielo me ha dado.

Ese don Pedro fingido es un embelecador, en sus engaños traidor, si en su talle bien nacido, que hurtándome hacienda y nombre en Arganda el otro día, pagó así mi cortesía y regalos, porque es hombre que engañando con el traje a quien en su casa le honra, las hijas nobles deshonra en pago de su hospedaje.

Huyendo de Flandes viene, como dirá este papel, y el capitán don Gabriel de Herrera, por nombre tiene palabra de esposo dio a cierta doña Violante en Valencia, y al instante se fue que la deshonró.

Si no basta esta experiencia, en casa le recebid; que mejor hará en Madrid embelecos que en Valencia; y admítale por amante vuestra hija, si a él se inclina, porque doña Serafina consuele a doña Violante.

Aparte.

Doña Violante: ¡Bueno anda, cielos, mi honor, y buena anda también, cielos, la confusión de mis celos y el crédito de mi amor!

Don Gómez: ¿Hay enredo más extraño? Llamadme a don Pedro acá.

Doña Serafina: No le llamen; que será ocasión de algún gran daño. Este será su enemigo, que por este modo intenta hacer a don Pedro afrenta; y crean, pues yo lo digo, que el corazón no me engaña.

Porque ¿quién ha de creer que tal se atreviera a hacer un hombre a quien acompaña tan noble disposición? ¿No autorizan su nobleza las joyas que con largueza me acaba de dar?

¿No son las cartas testigos fieles que del virrey ha traído, las que de su padre has leído, las libranzas y papeles de más de treinta mil pesos, con que mentiras contrasta? Yo le quiero bien, y basta.

Don Pedro: ¿Hay más confusos sucesos?

Agudo: Ahora entra el hablar yo. A pagar de mi dinero, que ese pardo caballero la maleta nos llevó por mi culpa y nuestro daño, en Arganda, y que en su vida vio a México; y si es servida, salga aquí, y verá su engaño. Y sino, porque aproveche, respóndame a este argumento.

Las islas de Barlovento ¿cuántas son? ¿Dónde es Campeche? ¿Cómo se coge el cacao? Guarapo ¿qué es entre esclavos? ¿Qué fruta dan los guayabos? ¿Qué es cazabe y qué jaojao?

Doña Serafina: ¿No ves como están sin seso? Repara en los disparates que dicen.

Don Gómez: Casa de orates es la corte.

Don Pedro: ¿Cómo es eso? Vive Dios, que me obliguéis a que dé en la calle voces, y saque ese infame a coces, cuando escondelle intentéis.

Don Gómez: ¡Miren si crece la furia! No hay que hablar; locos están, échalos de aquí, don Juan.

Don Pedro: Cuando me hagáis esa injuria, os hará creer quién soy la espada que al lado ciño.

Don Juan: ¡Pobre mozo!

Don Gómez: ¡Buen aliño de don Pedro!

Agudo: Ya me doy por conventual del Nuncio. No nos lleven a Toledo; vámonos, que tengo miedo de aquestos hombres. Renuncio el título que hasta aquí tuve de indio.

Don Pedro: ¡Que consienta tal burla el cielo en mi afrenta!

Doña Serafina: Ya le torna el frenesí.

Don Pedro: Vive Dios, que he de sacalle a estocadas acá fuera: veamos si esta quimera osa afirmar en la calle. Ya de veras me provoco, y el seso y paciencia pierdo.

Doña Serafina: Padre, teme, si eres cuerdo, la espada en manos de un loco. Déjalos en el zaguán.

Don Gómez: Cierra aquesa puerta apriesa.

Don Juan: Entraos acá, mi Teresa.

Doña Violante: Ya yo sé, señor don Juan, amansar locos.

Vanse Don Gómez, sus hijos y el criado.

Doña Violante: Pesada burla, don Pedro, os han hecho pero aquí no es de provecho mostrar razones ni espada. ¿Conoceisme?

Don Pedro: ¿No sois vos la villana de Vallecas?

Doña Violante: Sí, que entre artesas y ruecas me han dado de dos en dos los oficios, ya de hilar, ya de amasar y traer pan a Madrid que vender.

Bien pudiera atestiguar lo que acerca desto sé, y yo por mis ojos vi; pero si admitís de mí los consejos que os daré, dejad pasar esta furia, y entre tanto prevenid quien os conozca en Madrid, y libre de tanta injuria; que imposible es que no haya algunos en esta villa, que en México, o en Sevilla cuando pisastes su playa, no sepan quién sois.

Don Pedro: Hay ciento en Sevilla; mas no sé si en Madrid los hallaré.

Doña Violante: Escrebid allá.

Don Pedro: Eso intento; mas si entre tanto se casa...

Doña Violante: Eso no: yo os lo aseguro. Venir cada día procuro con pan reciente a esta casa: tengo ya mucha amistad con la Serafina bella, y suelo parlar con ella con gusto y con igualdad.

En lo que os podré servir es, que entre tanto que halláis los testigos que buscáis, me obligue yo a persuadir que vuestra dama dilate sus bodas, porque llevallo así a voces, será echallo a perder.

Agudo: Que es disparate.

Don Pedro: Si vos, bella labradora, eso hiciésedes, sería la hacienda y la vida mía vuestra perpetua deudora.

Doña Violante: La lástima que me hacéis, me obliga a que por vos haga esto, sin querer más paga.

Don Pedro: Buena de mí la tendréis.

Doña Violante: No os canséis en la demanda, hasta que halléis quien de vos dé noticia. Adiós.

Don Pedro: Adiós.

Agudo: ¡Válgate el diablo el Arganda!

Vanse Don Pedro y Agudo.

Doña Violante: Basta, que aquí está el ingrato ocasión de mis querellas, y que en engañar doncellas ha puesto caudal y trato. Ya yo supe desde ayer que era esta la Serafina que al indiano desatina y mi esposo vino a ver.

A don Juan traigo perdido, y téngole de enlazar por lo que me ha de importar el tenelle entretenido. Amor, pues tanto embelecas, dame algún discreto ardid con que celebre Madrid la villana de Vallecas.

Vase.

Calle con vista de una casa de posadas inmediata a la de Don Gómez.

Don Vicente: ¿Tú en la corte, traidor? ¿Qué es de mi hermana? Contigo huyó sin honra y sin recato; tú sabes della, y quién me afrenta sabes. Dímelo, o vive Dios que en ti comience a dar principio a mi venganza honrada.

Aguado: Detén, señor, la furia con la espada. Verdad es que salí con mi señora la misma noche que la echaste menos, porque burlada de promesas leves de un soldado de Flandes que allí vino, a trueque de palabras y de firmas, le dio la posesión de su honra y fama.

Enamorada de botones de oro, y de plumas ligeras que volaron con su ingrato soldado fugitivo, la enseñó, aunque fue tarde, su escarmiento, que quien en pluma fía cobra en viento.

Salimos de Valencia; mas no pienses que puedan tanto en ella sus agravios, que al qué dirán del vulgo impertinente arriesgue su opinión por los caminos, viniendo tras su amante hasta en la corte; antes juzgando por indigna cosa vivir en tu presencia deshonrada, y a vista

de los ojos de Valencia, (que el noble, aunque afrentado, si es discreto, piensa que todos saben su secreto), de mi lealtad fiada, hasta Monviedro salió conmigo, y en la real clausura que de Santa Matrona tiene nombre, a la abadesa dio, por ser su tía, cuenta desta desgracia, y entre tanto que el cielo da remedio a sus injurias, encerrada y llorando cada día, maldice la mujer que en hombres fía.

Prometila venir a Madrid luego en busca de don Pedro de Mendoza, y don Gabriel de Herrera, que disfraza aqueste nombre que es el verdadero, para engañar mejor con el primero: y quiso Dios que en la posada misma que tomé en esta corte, se aposenta el autor cauteloso de tu afrenta.

Porque creyendo entrar en mi aposento, entré en el suyo y vi sobre un bufete billetes de tu hermana y mi señora, que en fe de sus amores la escribía cuando en Valencia conquistó su fama; y de algunos papeles que con ellos hallé revueltos y leí curioso, supe llamarse don Gabriel de Herrera, ser capitán de Flandes y haber muerto a un ilustre tudesco, a cuya causa, huyendo de castigos y temores, viene a Madrid con cartas de favores.

Esta es la verdad pura, y porque sepas si la digo o si miento, aguarda un poco; sacaré los papeles, que aquí dentro de tus azares han de ser encuentro.

Vase.

Don Vicente: Honra, si esto es verdad, dadme en albricias el gusto que me falta por perderos. Si el capitán ingrato tiene prendas dignas de mi valor, y restituye a mi hermana la honra que ha usurpado, será, en vez de mi enemigo, mi cuñado.

Aguado: Abierto el aposento se dejaron, porque en falso la llave en él echaron. ¿No es de doña Violante aquesta letra? Estos versos,

¿no son en su alabanza? Y en ellos, ¿no blasona avergonzado un sol, de quien el otro fue traslado?

Mira pues esta carta, y saca della cómo se llama este don Pedro falso, la muerte del tudesco y su venida, y estima mi lealtad agradecida.

Don Vicente lee los papeles.

Aparte.

Aguado: De molde me ha venido el hospedaje en la misma posada de don Pedro; que aunque de las maletas supe el trueco, y sé que el pobre indiano está inocente, entre tanto que el otro no parece, sosegaré la furia valenciana de mi señor, padezca o no padezca don Pedro de Mendoza; que pues finjo que la villana noble está en Monviedro, este enredo ha de ir de Pedro a Pedro.

Don Vicente: Ya doy por bien empleada mi venida. En la corte no es cuerdo el que negocia casos de honra por armas, que se quedan en la calle, saliendo a poner paces sus vecinos, y siendo pregoneros, a una verdad añaden muchos ceros.

Más vale averiguallo por justicia, y haciéndole prender seguramente, el qué dirán huir del vulgo y gente. Llámame un alguacil de corte al punto.

Aguado: Con él vuelvo al instante.

Aparte.

Aguado: El mexicano perdone; que este enredo importa ahora a mi vida y honor de mi señora.

Vanse.

Don Pedro: Agudo, ¿aquesta es España? ¿Castilla y su corte es esta, tan celebrada en las Indias en el término y llaneza?

Los que de España pasaban, nos decían en mi tierra que los dobleces y engaños eran naturales della: bien lo experimento en mí, pues en Madrid entro apenas, cuando confunden mi dicha los laberintos de Creta. No hallo nobleza sencilla, amistad que permanezca; caballos de Troya son cuantos la corte sustenta.

¿Qué he de hacer menospreciado, sin crédito y sin hacienda, tenido por loco en casa de don Gómez?

Agudo: Trocar quejas en diligencias, señor. Hoy es día de estafeta; escribe luego a Sevilla a algún amigo que venga y traiga hecha información de quién eres, con que puedas desmentir de tu contrario invenciones y quimeras.

El capitán del navío en que veniste, en nobleza y amistad es otro tú, si no miente la experiencia. Amigo fue de tu padre; con su camarote y mesa te obligó en la embarcación, trayéndote por su cuenta; él y los que te conocen desharán aquesta tela, que tantas marañas urden, y tanta mentira enreda.

Acude a los mercaderes de esta corte, a quien las letras vienen que de Indias trujiste, porque cobrallas no pueda quien cobra las de tu amor: que con estas diligencias, averiguando verdades, saldremos desta molestia.

Aparte.

Don Vicente: ¡Válgame el cielo! Si es este el vil autor de mi afrenta, venganza, tened la espada; que aquí ha de hacer la prudencia más que el enojo arrojado.

Don Gabriel: ¿Hay semejante insolencia? Dejadme, señor don Gómez.

Don Juan: Deteneos.

Don Gabriel: ¿Que me detenga me aconsejáis vos, don Juan? ¡Vive Dios...!

Aparte a su amo.

Cornejo: ¿Qué es lo que intentas? ¿Para qué a don Pedro buscas?

Don Gabriel: ¡Que haya en Madrid quien se atreva a tan gran bellaquería! ¡Que haya quien afirmar pueda que no soy don Pedro yo!

Aparte a su amo.

Cornejo: No levantes polvaredas que han de darnos en los ojos.

Doña Serafina: ¡Que mis lágrimas no sean bastantes a refrenar, don Pedro, la furia vuestra!

Don Gómez: Serafina, ¿tú también sales acá?

Doña Serafina: No respeta en los peligros amor imposible que no venza. Temo que alguna desgracia a mi esposo le suceda, que viene tras estos locos, y el alma tras sí me lleva.

Aparte.

Doña Violante: ¡Ay, cielo! ¿En qué laberintos mis desventuras enredan la esperanza de mi amor, medio verde y medio seca? ¿Qué es lo que intenta el ingrato de mi amante, que encadena tanto eslabón de mentiras en su daño y en mi ofensa?

Sus pasos cual sombra sigo, porque es imán su presencia de los yerros de mi amor: mi dicha a dorallos vuelva.

Don Juan: Aldeana de mis ojos, ¿qué hacéis vos aquí?

Doña Violante: Soy muerta, señor don Juan, por hallarme entre pleitos y pendencias. Par diez que habemos de ver el fin que tienen aquestas.

Don Juan: En todo sois de buen gusto.

Doña Violante: Haylos bravos en mi aldea.

Aparte.

Doña Violante: ¡Cielos! Aquí está mi hermano. Si me ve, mi muerte es cierta. Sayal, villanos rebozos, mi vida se os encomienda.

A Don Pedro.

Don Gabriel: ¿Sois vos el que en desacato de mi fama y mi nobleza pretendistes usurpar mi apellido y nobles prendas? ¿Sois el que afirmáis venir de Nueva España, y me afrenta diciendo que os he robado la esposa, el nombre y la hacienda?

¿El que el blasón de Mendoza, que mi sangre antigua hereda, os aplicáis, afirmando que soy don Gabriel de Herrera, que huyendo vengo de Flandes, que he deshonrado en Valencia una mujer principal, y otras marañas como estas?

Don Pedro: A atrevimiento tan grande, por no decir desvergüenza, mejor será que os responda la espada, que no la lengua. No sólo afirmo eso mismo; pero conforme a las muestras de vuestro villano trato y rüin correspondencia, digo que tampoco sois don Gabriel, aunque desmienta los papeles que os abonan, quizá falseando letras.

Porque sujeto tan vil, ¿cómo es posible que tenga sangre generosa y noble, cuando se honra con la ajena? Que el hurtar en las posadas honras que vendéis por vuestras, como habéis hecho conmigo, no será en vos cosa nueva. Pero ¿qué sirven razones a quien no hace caso de ellas?

Firme en mi abono la espada lo que en mi derecho prueba.

Saca la espada.

Don Gabriel: ¿Hay iguales desatinos? Ahora digo que es de veras el estar este hombre loco; mas curarale la pena. Apartaos, mi Serafina; quitaos, don Juan.

Don Juan: No es prudencia sentirse de quien no agravia. Pase esto por burla y fiesta.

Don Gómez: Yo estoy de quién sois seguro, Serafina satisfecha, conocido este embeleco; ¿qué hay pues que indignaros pueda?

A Don Vicente.

Aguado: El alguacil que mandaste, es este.

Don Vicente: A buen punto llega.

Alguacil: Ya estoy del caso enterado. ¿A quién me mandáis que prenda?

Don Vicente: A este enredador de España;

Señalando a Don Pedro.

Don Vicente: que según son las quimeras que hace, no hallo otro nombre que más propio le convenga.

Alguacil: Soltad, hidalgo, las armas.

Don Pedro: ¿Yo?

Alguacil: Pues, ¿quién queréis que sea? Veníos conmigo a la cárcel.

Aparte.

Agudo: ¿Hay por aquí alguna iglesia?

Alguacil: ¡Hola! Tené ese lacayo.

Cornejo: Téngase al Rey.

Agudo: Pues, ¿tú llegas?

Cornejo: Yo llego.

Agudo: ¿Quieres trocarme por otro como maleta?

Don Pedro: ¿Qué nuevas persecuciones, cruel España, son estas? ¿Qué insultos he cometido? ¿Es cuestión, es muerte o deudas?

Alguacil: Todo junto.

Don Pedro: ¿Qué decís?

Alguacil: La deuda es de una doncella, la muerte de un capitán; y esta la riña o pendencia. Los papeles que con vos traéis, son los que os condenan.

Don Vicente: Y yo la parte y el todo; que a teneros en Valencia, de otra suerte averiguara vuestro insulto y mis afrentas.

Don Gabriel: Pues ¿qué es esto, caballero?

Don Vicente: Cosas indignas apenas de crédito, aunque se ven. Si he de sacar consecuencias de lo que aquí os he escuchado, este es don Gabriel de Herrera, del Mendoza usurpador, que a mi hermana menosprecia: a mí me trae en su busca, y a vos sus culpas os echa.

Don Pedro: ¡Cielos! ¿En qué os he ofendido?

A Don Vicente.

Don Pedro: No ha tres semanas enteras que tomé puerto en Sanlúcar (¡Sepultárame su arena!); pues, ¿cómo en tan corto espacio os pude yo hacer ofensa? Mirad que el que os agravió es este traidor que intenta levantarse con mi esposa, con mi nombre y con mi hacienda.

Doña Serafina: ¡No está mala la invención!

Don Pedro: Agudo, ¿cómo no alegas todo lo que en esto sabes?

Agudo: Cuando necesario sea diré lo que en esto sé; que desmentir tantas lenguas, es navegar contra el viento.

Don Pedro: Vos, hermosa panadera, ¿no sabéis lo que en esto hay?

Doña Violante: ¿Yo? ¿De qué quiere lo sepa? ¿Hele visto yo en mi vida?

Don Pedro: ¿Hay confusiones como estas?

A Aguado.

Don Pedro: ¿No estuvistes vos presente, hidalgo, en aquella aldea, donde supistes el caso y trueco de las maletas?

Aguado: ¿En aldea yo con vos? Ya no me espanto que os tengan por embaidor o por loco. ¿Conmigo vos?

Don Pedro: En Vallecas.

Aguado: ¿Dónde cae esa ciudad?

Don Pedro: ¡Un rayo caiga y me encienda! Que pues son contra mí todos, ya la vida me molesta.

Alguacil: Vengan los dos a la cárcel.

Llévase a Don Pedro y a Agudo.

Aparte.

Doña Violante: Por librar mi ingrato della, fingí ignorar lo que vi; que el amor tiene más fuerza que la injuria.

Don Gómez: ¡Extraño enredo!

Don Gabriel: Con esto no habrá sospecha acerca de mi opinión, que a descomponerme venga.

Don Gómez: Pues de vos, ¿cuándo la hubo?

Doña Serafina: Luego dije yo quién era el enredador. ¡Jesús! ¡Que esto en Madrid se consienta!

Don Vicente: Adiós, caballero.

Don Gabriel: Adiós. Servíos de la casa nuestra; y el fin que vos deseáis, aquestos sucesos tengan.

Don Vicente: Bésoos, señores, las manos.

Vase.

Hablando aparte con Aguado.

Doña Violante: ¡Aguado!

Aguado: Señora...

Doña Violante: Ordena de verme.

Aguado: ¿Cuándo?

Doña Violante: Mañana.

Aguado: Sí iré.

Vase.

Don Juan: ¡Qué! ¿Vaisos, Teresa?

Doña Violante: ¿No le parece que es hora?

Don Juan: Aunque es noche, no hay tinieblas donde vos estáis, que sois...

Doña Violante: Dirá que sol o linterna.

Aparte con su criado.

Don Gabriel: Todo se hace bien, Cornejo.

Cornejo: Date con la dama priesa; que por Dios, que tengo el alma con más de mil tembladeras.

Vanse Don Gómez, Doña Serafina, Don Gabriel y Cornejo.

Don Juan: ¿Queréis que vaya con vos?

Doña Violante: ¿Para qué? Mi pueblo es cerca, la burra, al venir, de plomo, pero de pluma a la vuelta. No le faltará a quién ronde acá su mercé; que hay rejas, y redendijas también.

Don Juan: Rondará memorias vuestras el pensamiento, no más. ¿Quién hay en Madrid que pueda competir con vos?

Doña Violante: ¿A fe?

Don Juan: ¿Qué, me dejáis?

Doña Violante: ¿Qué, se queda?

Don Juan: A escuras.

Doña Violante: Pues Dios le alumbre.

Don Juan: ¿Qué mandáis?

Doña Violante: Que cene y duerma.

Don Juan: No podré.

Doña Violante: ¿Por qué ocasión?

Don Juan: Por vos.

Doña Violante: ¿Pues soy yo dieta?

Don Juan: De mis gustos.

Doña Violante: ¿Tiene muchos?

Don Juan: Cuando os miro.

Doña Violante: ¿Y en mi ausencia?

Don Juan: Mil tormentos.

Doña Violante: ¿Quién los causa?

Don Juan: La villana de Vallecas.

Acto tercero

Sala de una casa de posadas.

Doña Violante: En fe de la cortesía a que es un noble obligado, y de vos mi dicha fía, os he, señor, suplicado que honréis mi casa este día; porque después que he sabido que de don Gabriel de Herrera sois primo, me he prometido el buen suceso que espera mi honor, por él ofendido.

Don Luis: Cuando de venir a veros no consiga otro interés, señora, que conoceros, y que me mandéis después servicios que intento haceros, estimaré mi ventura, dando a todos que invidiar; pues si agradaros procura, ¿qué más premio que obligar y servir tal hermosura?

Primo soy, como decís, de don Gabriel, y he sabido, si agraviada dél venís, que está en Madrid y que ha sido, del modo que me advertís, quien a una doña Violante palabra en Valencia dio, y huyendo, al fin inconstante, como mercader quebró correspondencias de amante.

He sabido que está preso por su hermano que ha venido a castigar este exceso, y que en Madrid, persuadido de su amor o poco seso, a una doña Serafina, bella, ilustre, rica y moza, hacer creer determina que es don Pedro de Mendoza, con quien casar imagina, y viene de Indias a España.

Fingiendo no sé qué trueco, principio de esta maraña, con uno y otro embeleco, a cuantos le ven, engaña.

Su hermano mayor es muerto en Granada, habrá ya un mes; y como tuve por cierto que estaba en Flandes, después que hice poner en concierto el mayorazgo que hereda de tres mil y más ducados;

para que saberlo pueda, dos pliegos van duplicados, sin otro que en casa queda.

Tuve entre tanto noticia que había llegado aquí, y le prendió la justicia; mas como nunca le vi, por profesar la milicia desde niño; hasta saber cuál destos dos es mi primo, no me he dado a conocer, ni le he hablado; aunque me arrimo al más común parecer de que es don Gabriel el preso, y don Pedro de Mendoza el que en aqueste suceso el nombre y posesión goza.

Doña Violante: No tenéis que dudar deso.

Don Luis: Diciéndolo vos, ya fuera mi duda poco cortés. Mas ¡que don Gabriel de Herrera el amoroso interés que en vuestra hermosura espera, desestime! ¡Vive Dios, que estoy por desconocelle! Porque agraviándoos a vos, es culpa el favorecelle, pues nos afrenta a los dos.

Cuando esa hermosa presencia su nobleza no obligara a justa correspondencia, el veros venir bastara en su busca de Valencia, para pagar liberal las deudas de vuestro honor que ha negado desleal, debiendo a tan firme amor las costas y el principal.

Pero yo tomo a mi cuenta, señora, haceros vengada, por más que el bárbaro intenta dejar su sangre manchada con tan conocida afrenta. La palabra que os ha dado, hacer hoy que os cumpla quiero; que es insulto en él doblado el quebralla caballero, y el no cumplilla soldado.

Doña Violante: Discreto habéis prevenido las quejas que os vengo a dar, y pues me habéis conocido, por vos pienso restaurar mi fama y honor perdido. En vos, señor don Lüis, pongo toda mi esperanza.

Don Luis: Si mi palabra admitís, o ella os dará venganza, o el honor por quien venís. A la cárcel voy a ver a vuestro ingrato deudor, y si sabe conocer las prendas de vuestro amor, fácil será deshacer esta

quimera, y soltalle; que amigos tengo en Madrid con que poder ayudalle.

Doña Violante: Que está mi hermano advertid aquí, y que viene a buscalle, y importa que esté ignorante de que en esta corte asisto.

Don Luis: No temáis, bella Violante; que pues la hermosura he visto que despreció vuestro amante, o no me tendrá por primo, o por esposa os tendrá.

Doña Violante: Vuestro favor noble estimo, pues seguro fin tendrá mi amor, siendo vos su arrimo. Yo soy madrina mañana de una hermosa labradora en Vallecas...

Don Luis: Poco gana a vuestro lado, señora, y en escoger fue villana, porque, ¿qué ha de parecer en vuestra bella presencia?

Doña Violante: Bien puede, don Luis, hacer a las damas competencia que en Madrid estimáis ver. Hame hospedado en su casa (porque encubierta, desde ella supe lo que en esto pasa, y quién es la Circe bella que a mi don Gabriel abrasa), y quiere en esto cobrar el hospicio que la debo.

Don Luis: Una cosa he de intentar. Si yo allá a don Gabriel llevo, y le viniese a obligar que os diese de esposo allí la mano, ¿no es peregrina traza?

Doña Violante: A suceder así, será novia la madrina.

Don Luis: Pues dejadme hacer a mí; que si yo negociar puedo que le suelten en fiado, deshaciendo tanto enredo, a vuestro amor y cuidado he de asegurar el miedo. La corte he de revolver hoy para hacerle soltar.

Doña Violante: Dificultoso ha de ser.

Don Luis: Mis amigos han de dar muestras hoy de su poder. Cuando sepan el valor del preso, y que es primo mío, con un seguro

fiador que salga por él, confío que han de hacerme este favor. Mañana estamos los dos allá, porque estoy dispuesto, señora, a volver por vos.

Doña Violante: No le digáis nada desto.

Don Luis: Pues claro está. Adiós.

Doña Violante: Adiós.

Vase.

Aguado: ¿A qué propósito son tantas marañas?

Doña Violante: Después que vieres su conclusión, dirás que la mujer es, Aguado, toda invención.

Aguado: Si es don Pedro el que está preso, ¿para qué por don Gabriel le haces soltar?

Doña Violante: Te confieso que tengo lástima dél, y temo no pierda el seso. Fuera de que no me está su libertad mal a mí, pues suelto averiguará quién es, estorbando así lo que preso no podrá.

Aguado: Pues ¿para qué le has culpado con su primo, y has fingido que fe de esposo te ha dado, que aquí por él has venido, y que le lleve has trazado a Vallecas a casalle?

Doña Violante: No he hallado modo mejor que el que ves, para obligalle que ponga en esto calor, y haga más presto soltalle.

Aguado: Y allá ¿qué habemos de hacer con ellos?

Doña Violante: Déjame a mí.

Aguado: Demonio es una mujer. Hasme hecho buscar aquí esta casa de alquiler con todo aqueste aparato...

Doña Violante: Lo que se halla por dinero en ocasión, es barato.

Aguado: Dejas el traje grosero, y sólo para este rato has despojado una tienda y tres sastres ocupado. No hay ingenio que te entienda.

Doña Violante: De curioso en necio has dado. Mientras hay joyas que venda, ni mis gastos te den pena, ni pretendas saber más de lo que mi amor te ordena. Llámame a don Juan.

Aguado: ¿Querrás hacelle otra burla?

Doña Violante: Y buena. Hícele avisar que aquí una dama le esperaba mexicana.

Aguado: ¿Y vendrá?

Doña Violante: Sí.

Aguado: A su puerta te aguardaba, haciéndose ojos por ti, sin que villana pasase que su bella panadera luego no se le antojase.

Doña Violante: Ayunará, si hoy espera pan que Teresa le amase.

Aguado: ¿Pues no te ha de conocer si viene, habiéndote visto tantas veces?

Doña Violante: ¿No ha de hacer el traje noble que visto mudanza en mí? Una mujer con el traje, si reparas, muda el rostro.

Aguado: Maravillas hacéis las mujeres, raras, pues de cuatro salserillas sabéis sacar veinte caras. Pero don Juan viene ya. ¿Qué maraña tienes nueva?

Doña Violante: Ingeniosa. Éntrate allá.

Aparte.

Aguado: Si el demonio engañó a Eva, pruebe en mi ama; que él caerá.

Vase.

Don Juan: El deseo de saber...

Aparte.

Don Juan: ¡Válgame el cielo! ¡Qué veo! ¿No he visto yo esta mujer otras veces? El deseo de saber qué pueda ser la causa, hermosa señora, para enviarme a llamar...

Aparte.

Don Juan: ¿No es esta la labradora que vino a tiranizar el alma que en ella adora? Digo, pues, que este deseo a serviros me ha traído.

Aparte.

Don Juan: Su imagen en ella veo, y aunque lo niega el vestido, su cara y mis ojos creo. Su retrato es y traslado. Y como el deseo que digo, mi venida ha apresurado, deseo que uséis conmigo...

Doña Violante: Vos, señor, venís turbado. Sentaos; tomad esa silla. Sosegaos, y hablad después.

Don Juan: No os cause esto maravilla; que vuestra belleza es tal, que mi sentido humilla. Y si yo no me he engañado, otra vez, señora mía, os he visto y os he hablado no sé dónde.

Doña Violante: Ser podría, si en México habéis estado.

Don Juan: ¿Y no en Madrid?

Doña Violante: Dudolo.

Don Juan: Pues mi vista no se engaña, ni el alma, que en ella os vio.

Doña Violante: ¿Cómo si de Nueva España la flota que ahora llegó me trujo, y en esta villa no ha dos semanas que entré, un mes que dejé a Sevilla, ni desde que aquí llegué, si no es en coche o en silla, con las cortinas corridas, nunca he salido de casa?

Don Juan: Bellezas hay parecidas, y amor, que es de vista escasa, caerá en faltas conocidas; si no es que ponerse intenta por corto de vista, antojos, pues con ellos la acrecienta y ve el alma por los ojos lo que su luz representa.

Que como el verde cristal a quien por él quiere ver suele por un modo igual verdes las cosas hacer, cual piedra filosofal; del mismo modo quien ama, si fe a sus antojos da, sirviendo de luz su llama, cuantas viere juzgará de la color de su dama. Yo me debí de engañar.

Ved ahora en lo que puedo serviros.

Doña Violante: Desengañar os deseo.

Don Juan: Ya lo quedo.

Doña Violante: De lo que os quiero avisar, no lo estáis; que es de más peso, don Juan, de lo que pensáis; y por lo que yo intereso en ello, aunque lo ignoráis, que os va la honra os confieso.

Por huésped tenéis en casa a un don Pedro de Mendoza, que me dicen que se casa con un serafín que goza la belleza en que se abrasa.

Don Juan: Hermosa y rica es mi hermana, aunque delante de vos cualquiera alabanza es vana. Casarse quieren los dos, si cierta duda se allana que ha impedido el no estar hecho; mas presto se efetuará.

Doña Violante: ¿Y vendraos mucho provecho, si en Indias casado está quien tanto os ha satisfecho?

Don Juan: ¡Don Pedro casado!

Doña Violante: Sí; o a lo menos desposado; que no en balde vengo aquí por palabras que me ha dado. Prendas de mi honor le di; en hacienda y calidad, si ventaja no le llevo, le igualo; y en voluntad, pues a seguirle me atrevo, si es mi igual vos lo juzgad.

Doña Inés de Fuenmayor me da blasones mayores que dicha mi ciego amor; de abuelos conquistadores heredé hacienda y valor.

Ese don Pedro tirano, después de haber pretendido favores un año en vano, y mis desdenes sentido; siendo al fin Paris indiano perseverando constante, dio de mi deshonra nota; que cayendo cada instante sobre una pena una gota, la rompe, aunque sea diamante.

Y apenas gozó cumplida la pretensión de su amor, cuando ordenó su partida; porque el ingrato deudor tarde paga y presto olvida. Su padre había concertado por cartas, según parece, con el vuestro, dar estado a quien, mudable, merece ser de todos despreciado.

Y ignorante de mi ofensa, a España le hizo embarcar, dejando mi honra suspensa entre las olas del mar, donde sepultalla piensa. Supe su término infiel, y fiada del secreto, al fin me embarqué tras él.

Llegué a esta corte, en efeto, y en su confuso Babel mi amor hizo información de quién sois; sé que se inclina a ponelle en posesión, y ser doña Serafina de su mudanza ocasión; pues luego que se casare, de Madrid se ausentará, y sin que en dudas repare, tantas mujeres tendrá cuantas provincias mudare.

Si no os parece que trato verdad, sirva de testigo, aunque mudo, este retrato; que con ser de mi enemigo, no es tan descortés ni ingrato como él; pues por consolarme hasta aquí me acompañó; y después podrá abonarme este mío que volvió el inconstante a enviarme,

Enséñale dos retratos.

Doña Violante: que en figuras entretiene mis esperanzas avaras, y a pagarme en caras viene; mas ¿qué ha de dar sino caras amante que tantas tiene? Firmas os mostraré en suma, retrato de sus mudanzas, para que dél se presuma su abono, pues da en fianzas palabras, papel y pluma.

Juez ahora podréis ser del agravio en que me fundo, si no es que pueda tener quien viene del otro mundo en este nueva mujer.

Don Juan: Quisiera tener aquí a vuestro ofensor, por Dios, para castigarle así, tanto por lo que os va a vos, como lo que me va a mí; que si amor es semejanza, y a quien amo os parecéis, ya es mía vuestra venganza; pero hoy, señora, veréis castigada su mudanza, y en ella el poco respeto que a nuestra casa ha tenido.

Doña Violante: Sosegaos si sois discreto: que el remedio que he escogido es más prudente y secreto. ¿De qué sirve que furioso darle muerte pretendáis con medio tan riguroso, si mi honor no remediáis, y pierdo por vos mi esposo?

Pues que tanto me parezco a la dama que decís; si por su causa merezco el favor que prevenís, y yo cortés agradezco, suspended disimulado sus dudas, y no mostréis sentiros dél agraviado; que presto por mí saldréis de pena, y yo de cuidado. No os digo el cómo, hasta tanto que llegue su ejecución.

Don Juan: Desa firmeza me espanto.

Doña Violante: Vame en esto la opinión, y el fin de mi injuria y llanto.

Don Juan: Dígoos que pondré por vos freno al furor que me abrasa.

Doña Violante: Quédese esto entre los dos, y servíos desta casa.

Don Juan: Vuestro esclavo soy. Adiós.

Vase.

Aguado: Bueno el embeleco va. ¿Qué es lo que nos falta ahora? ¿Tienes más que mentir ya?

Doña Violante: Volver a ser labradora me falta.

Aguado: En tu ingenio está un Dédalo revestido: ya te vuelves panadera, ya ser indiana has fingido, ya Violante verdadera. ¿Dónde diablos has urdido tanta mentira y engaño?

Doña Violante: Todo importa a mi sosiego.

Aguado: ¿Qué planeta reina hogaño quimerista?

Doña Violante: Amor, que ciego estudia contra mi daño trazas. Calla; que has de ver lo que en mis amores pasa.

Aguado: ¡Válgate Dios por mujer!

Doña Violante: Cierra ahora aquesta casa, y haz al momento volver esa ropa al corredor; que no he de estar más en ella. Dame el traje labrador.

Aguado: Más sabes, sin ser doncella, que la doncella Teodor.

Doña Violante: Las escobas, ¿dónde están?

Aguado: Una carga hay ahí entera que cien casas barrerán.

Doña Violante: Pues voyme a vestir, que espera a su Teresa don Juan.

Vanse.

Don Gabriel: Quitalle la dama quiero, mas no, Cornejo, la hacienda, porque soy, don Pedro, entienda aunque amante, caballero: como amante, enredador; pero desinteresado como caballero.

Cornejo: Has dado terrible arbitrio, señor, porque en volviéndole el oro, no tendremos qué gastar, y sin él no hay que esperar en tu amor, cuyo decoro sólo ha estribado hasta ahora en la hacienda que trujiste, pues por las joyas que diste a tu serafín, te adora; y así en faltando las galas, dará a tus favores fin, porque todo serafín tiene doradas las alas.

Yo al menos no te aconsejo disparate tan solene.

Don Gabriel: Toda esta casa me tiene por dueño suyo, Cornejo. Don Gómez, mientras que llega la plata con que le engaño...

Cornejo: ¿Plata? Ya, tomará estaño.

Don Gabriel: Liberalmente me ruega que de cuanto tiene haga lo que quisiere, y murmura de que perdiendo la hechura destas joyas me deshaga.

A don Antonio escribí cómo a esta corte he llegado: en tres años no he cobrado mis alimentos, y así brevemente me enviará dineros con que se tenga, primero que al suelo venga, esta máquina.

Cornejo: Sí hará, si quiere, y paga mejor que los demás.

Don Gabriel: Siempre ha sido, en cuantas cosas le pido, mi hermano buen pagador. No es como otros, derramado: gasta poco, y mucho cobra, y así la hacienda le sobra, porque aunque mozo es reglado. Quiéreme bien, y no tiene más hermanos ni herederos.

Mientras me envía dineros, dar priesa al viejo conviene, y fin a tanta quimera.

Cornejo: En dilatándose más, con todo en tierra darás.

Don Gabriel: La amonestación tercera es mañana, y me parece que a la noche me desposo.

Cornejo: Aquese lance es forzoso, porque si don Pedro ofrece testigos que de Sevilla aguarda, y prueba con ellos quién es, por librarnos dellos, saldremos de aquesta villa a cencerros atapados, y plegue a Dios que no demos en la tierra.

Don Gabriel: Ya estaremos cuando vengan desposados. Agora importa buscar quien finja que de Granada viene.

Cornejo: ¿Hay nueva trampa armada?

Don Gabriel: A don Pedro ha de ir a hablar, sin que dél sea conocido...

Cornejo: Eso yo le buscaré.

Don Gabriel: Con cartas en que le dé don Antonio el bien venido, en respuesta de las mías.

Cornejo: Daranse al diablo los presos.

Don Gabriel: Las joyas, barras y pesos, sin las demás niñerías que trujo de Indias, valdrán hasta cuatro mil ducados: joyeros que tengo hablados, aqueste precio les dan. Esos le he pedido al viejo, y esos en oro dirá que le remite de allá don Antonio.

Cornejo: ¡Mal consejo!

Don Gabriel: De enredos vive quien ama: ellos me han de aprovechar; no le tengo de quitar la hacienda, sino la dama.

Cornejo: Si te resuelves en eso, aquí tengo un primo hermano, hombre de bien y asturiano; traerele, y llevará al preso este dinero, fingiendo que ayer de Granada vino; mas, por Dios, que es desatino lo que intentas.

Don Gabriel: Yo me entiendo. Este es don Juan, mi cuñado. Anda, y busca ese pariente.

Cornejo: Voy.

Vase.

Aparte.

Don Juan: ¡Que un caballero intente tal engaño! A no haber dado mi palabra a doña Inés, yo castigara este día su ingrata descortesía. Pero aquí está.

Don Gabriel: ¡Don Juan! ¿Pues de qué venís pensativo?

Don Juan: No sé qué imaginación me entristece.

Don Gabriel: ¿Es pretensión de alguna dama?

Don Juan: No vivo tan sujeto a esas quimeras, que en lo que por pasatiempo tomo, gaste todo el tiempo: negocios son de más veras.

Don Gabriel: Pues yo tengo el alma toda ocupada en el deseo de mi Serafina, y creo que el dilatarse esta boda ha de apresurar mi muerte.

Don Juan: Si ya amonestado estáis, y mañana os desposáis, ¿qué teméis?

Don Gabriel: Mi poca suerte, que está llena de desvelos, y cada instante se muda.

Aparte.

Don Juan: El malhechor siempre duda; que el pecar todo es recelos.

Don Gabriel: Voy a ver mi serafín.

Vase.

Don Juan: De tu vida y mi venganza, será-fin, de tu esperanza y intentos no será-fin. Pero, imaginación loca, ¿posible es que os engañéis, y que lo que visto habéis, ojos, os niegue la boca?

Alma, vos sois a quien toca desatar esta quimera; siempre salís verdadera; declaradme ahora, pues, si la indiana doña Inés es mi hermosa panadera.

Negará el entendimiento esta imposibilidad; mas dirá la voluntad que acierta mi pensamiento; pues aunque no hay fundamento para mi imaginación, la amorosa turbación con que la vi, considera que nunca el alma se altera, si no es con mucha ocasión.

Diréis que la semejanza hizo ese milagro en mí, porque retratada vi en sus ojos mi esperanza. Sí; ¿pero tanta mudanza en un instante? Eso no; que aunque su traje engañó los ojos que dejó en calma, como es espíritu el alma, sus vestidos penetró. Sí; pero ¿por qué razón se había de disfrazar?

Celos, si os damos lugar, diréis que aquella invención fue por tener afición a don Pedro. Pues, ¿quién pudo darla aquel traje? Mal dudo; que en la corte se halla todo. ¿Y el trocar por aquel modo en estilo noble el rudo?

Con la costumbre y el trato, suele en un buen natural trocarse en seda el sayal. Si está en Madrid cada rato, ¿por qué mis dudas dilato? Mas, ¡ay, amor quimerista! Si engañándoos sois sofista, haced que por vos arguya mi labradora, y concluya mis recelos con su vista.

El no venir este día a verme aumenta mis celos.

Pregonando dentro.

Doña Violante: ¡A las escobas!

Don Juan: ¡Ay cielos!

Dentro.

Doña Violante: ¡Escobas de algarabía!

Don Juan: ¡Oh voz que mi dicha canta, y mi esperanza dispierta, mi sospecha deja muerta, y mis temores espanta! Ya ni temo, ni sospecho; ya en verla, resucité.

Doña Violante: ¡Valga el diablo a su mercé! ¿Que acá estaba?

Don Juan: Un Argos hecho, un mártir de vuestra ausencia. ¿Cómo ha salido hoy tan tarde el sol que me abrasa y arde?

Doña Violante: He tenido una pendencia hoy con mi viejo, y no quijo dejarme venir más presto.

Don Juan: ¿Pendencia?

Doña Violante: Y aun, pues no han puesto las manos el padre y hijo en mí, no es poca ventura.

Don Juan: Matarelos yo.

Doña Violante: ¡Verá! El doctor los matará, que da de comer al cura.

Don Juan: Pues, ¿por qué la riña fue?

Doña Violante: Porque ha dado en cabezudo. Mas de decírselo dudo; que le ha de pesar a fe.

Don Juan: ¿Cómo?

Doña Violante: Si me quiere bien, por fuerza le ha de pesar de que me quieran casar.

Don Juan: ¿Casaros? ¿Cuándo o con quién?

Doña Violante: ¿Cuándo? Mañana temprano; que ansina el cura lo dijo. ¿Con quién? Con Antón, el hijo de mi viejo Bras Serrano. ¿Cómo? Con juntar las palmas al tiempo que el sí pregunten; mas ¿qué importa que las junten, si no se juntan las almas? ¿Dónde? En cas del escribén que mos hace la escretura.

¿Por quién? Por mano del cura, delante del sacristén.

Don Juan: Y vos, ¿qué habéis respondido?

Doña Violante: Que desque vi el otro día los visajes feos que hacía, pariendo, la de Garrido, no casarme había propuesto por no verme en apretura, y porque en la paridura sintiera tener mal gesto.

Don Juan: Y en fin...

Doña Violante: En fin, lloró Antón, enojose la tendera, rogómelo la barbera... Tengo brando el corazón; y en mostrándome un sayuelo con vivos de carmesí, entre dientes le di el sí...

Don Juan: ¿Sí distes?

Doña Violante: Mirando al suelo.

Don Juan: Pues ¿qué tengo de hacer yo?

Doña Violante: Su mercé debe burlarse. Pues, ¿había de casarse conmigo?

Don Juan: ¿Pues por qué no?

Doña Violante: ¿A fe que se casaría?

Don Juan: ¡Ay cielos! ¿No os lo juré?

Doña Violante: Es verdad, no me acordé; pero aún no es pasado el día.

Don Juan: ¡Que el engaño aun en sayales viva!

Doña Violante: No llore: verá...

Don Juan: ¿Qué he de ver?

Doña Violante: ¿Qué? En yendo allá, pujar la novia en seis reales; podrá ser que se la lleve; que así cada año se arrienda la taberna, con la tienda. No se afrija: puje y pruebe. ¿Habemos de habrar de veras?

Don Juan: ¿Luego estas burlas han sido?

Doña Violante: En cuanto al darme marido, nuevas traigo verdaderas; y en cuanto a arrojar el sí, aunque por fuerza, también.

Don Juan: Pues ¿qué resta?

Doña Violante: El querer bien su mercé; que si es ansí, todo puede remediarse.

Don Juan: Haz prueba en mi voluntad.

Doña Violante: Si que me quiere es verdad, mañana puede mostrarse, diga acá que es mi madrino, que en Vallecas lo desean, y lleve amigos que sean para todo, que imagino que serán bien menester. Y cuando juntos estemos, y con el cura lleguemos, como se acostumbra her, pescudará el licenciado:

«¿Queréis a Antón por esposo, vos, Teresa de Barroso?» Direle yo: «de buen grado quiero por dueño a don Juan». Y si él responde: «y yo a vos», tan matrimeños yo y vos somos como Eva y Adán.

Si ofendernos pretendieren, allí habrán de andar las manos; mas si temen cual villanos, y dejándonos se fueren, viviremos con descanso.

él pagado y yo contenta; y si no quiere, haga cuenta que hablé por boca de ganso.

Don Juan: Labradora de mis ojos, aunque atropelle imposibles para quien no ama terribles, de mi padre los enojos, de mis deudos sentimientos, la poca averiguación de tu estado y opinión, y otros mil impedimentos; tu prisa y mi voluntad me obliga a pasar por todo; a tu engaño me acomodo, no temo dificultad.

Yo iré a Vallecas mañana, tus desposorios prevén.

Doña Violante: ¡Par diez, que es hombre de bien!

Don Juan: Acá ha salido mi hermana. Vete con Dios.

Doña Violante: Es mi amiga: sus galas me ha de prestar para que todo el lugar me dé mañana una higa.

Don Juan: Pues con ella aquí te queda; que yo voy a prevenir los que conmigo han de ir. Quiera amor que bien suceda.

Vase.

Doña Serafina: Creed, don Pedro, de mí que si a vos las horas son años en la dilación, desde el instante que os vi juzgo un siglo cada día que sin vos el alma pasa.

Saliendo pregonando.

Doña Violante: ¿Quieren escobas en casa?

Doña Serafina: ¿Escobas?

Doña Violante: De algarabía.

Doña Serafina: Pues, Teresa, ¿qué mudanza de oficio es esta?

Doña Violante: Señora, todos son de labradora, y aun con todo, el pan no alcanza. Ya vendo trigo, ya escobas, y enojos también vendiera, si hallara quien los quisiera.

Don Gabriel: ¿Vos enojos?

Doña Violante: Por arrobas.

Don Gabriel: ¿Quién os los da?

Doña Violante: ¡Qué sé yo! Bellacos que andan de noche, y engañan a troche y moche a quien de ellos se fió. Si no hubiera tantas bobas, no hubiera embeleco tanto.

Don Gabriel: No os entiendo.

Doña Violante: No me espanto. ¿Han menester acá escobas?

Don Gabriel: Por ser vos quien las vendéis, gana de comprallas dais.

Doña Violante: Por ser vos quien las compráis, gana de irme me ponéis.

Don Gabriel: ¿Pues tan mal estáis conmigo?

Doña Violante: No son buenos barrenderos hombres.

Doña Serafina: Y más caballeros amantes.

Doña Violante: También lo digo; aunque vos tenéis figura, cuando barrer os agrada, de a la primera escobada, como si hubiera basura, echar hombres al rincón, barriendo la voluntad.

Doña Serafina: A la margen apuntad, don Pedro, aqueste renglón.

Don Gabriel: ¿Conoceisme vos?

Doña Violante: Sois mozo, y todos pecáis en esto.

Don Gabriel: Colorada os habéis puesto, quitaos un poco el rebozo; veré si la boca es tal como lo que descubrís.

Doña Violante: Si verdades de ella oís, oleraos mi boca mal; que la verdad que es más clara, enturbia más.

Don Gabriel: No hayáis miedo.

Doña Violante: Arre pues: estese quedo, que le barreré la cara.

Don Gabriel: ¿Caras barréis?

Doña Violante: Si comienza a atreverse, lo verá, aunque bien barrida está vuesa cara de vergüenza.

Doña Serafina: Sacudida es la villana.

Doña Violante: Por sacudirme de sí otro villano hasta aquí; mas vengareme mañana.

Don Gabriel: Celos de algún labrador tenéis: ¿quebroos la palabra?

Doña Violante: Sí, mas la tierra que labra, a otro dará fruto y flor.

Doña Serafina: ¿Cómo es eso?

Doña Violante: Es cosa y cosa que sólo la acierto yo. ¿Quieren escobas o no?

A Doña Serafina.

Don Gabriel: La villana está donosa. Entretengamos un rato con ella el tiempo.

Doña Violante: Sí hará, mas presto se cansará, que es gitano y muda el hato.

Don Gabriel: Conmigo tenéis la tema.

Doña Violante: Con él y con cuantos hombres sin obras tienen los nombres. ¡Mal haya quien no los quema!

Don Gabriel: De entenderos me holgaría.

Doña Violante: Entenderme fuera mengua de las escobas la lengua. ¿Aprende él algarabía?

Don Gabriel: ¿Todas de esa especie son?

Doña Violante: También las hay de retama, y a fe que amarga su rama; que tienen la condición destos mozos sin consejos, en las pro-

mesas almíbar, y en el cumplimiento acíbar, buena vista y malos dejos.

Don Gabriel: Picada venís, a fe.

Doña Violante: Picome un bellaco el alma.

Don Gabriel: ¿Traéis escobas de palma?

Doña Violante: Pues con él ¿hay palma en pie? Par diez, si fe al talle damos, que en su modo de mirar tien talle de despalmar todo un Domingo de Ramos; no busque entre cortesanos ni vino, ni palmas puras, que no están dellos seguras ni aun las palmas de las manos.

Don Gabriel: Sátira sois vos con alma.

Doña Violante: Ya los moriscos se fueron, que por las calles vendieron, señor, esteras de palma.

Aparte.

Don Gabriel: Demonio es esta mujer, en traje de labradora. Adiós.

Doña Serafina: ¿Vaisos?

Don Gabriel: Tengo ahora cierto negocio que hacer.

Vase.

Doña Violante: Pues solas mos han dejado, decilla un secreto tengo. Ella pensará que vengo soldemente con cuidado de vender y de her dinero; pues si lo piensa, se engaña: el decilla una maraña, por lo mucho que la quiero, me ha traído.

Como voy vendiendo, y do quiera me entro, a veces cosas encuentro que al enemigo las doy.

Sabrá, pues, que yo he sabido que aunque este casarse tiene con ella, de allá do viene, una mujer ha traído (de allá de Indias o de Irlanda), con quien diz que vive mal; y porque ahora la tal las bodas no estorbe en que anda, hoy a Vallecas la lleva, diciendo que la justicia

tiene de su amor noticia; y ella su mudanza aprueba mientras este rumor pasa.

Esto oí desde el zaguán ayer yendo a vender pan, y hallando este hombre en su casa. Por eso mire primero a quién toma por marido.

Doña Serafina: ¿Mujer de Indias ha traído?

Doña Violante: Y no mocosa.

Doña Serafina: ¿Qué espero? ¿Dónde vive esa mujer?

Doña Violante: Junto a Lavapiés vivía; mas si se muda este día, ¿qué intenta?

Doña Serafina: Hacella prender, y no casarme después con hombre que me ha engañado.

Doña Violante: Un ángel pintiparado la dama indianesa es. ¿Luego ella creyó que hablaba con el buen señor a bobas? Cuando aquí entré con escobas, pullas a pares le echaba; pues sepa que, aunque villana, todo se me entiende.

Doña Serafina: En fin, ¿trae una mujer, rüin, consigo?

Doña Violante: Mire: mañana me caso yo, con perdón. Vaya su merced allá, y en Vallecas la verá.

Doña Serafina: ¿Vos os casáis?

Doña Violante: Con Antón. Y el señor don Juan, su hermano, quiere ir a ser mi madrino. No es enfadoso el camino de aquí allá, sí corto y llano. Hágase padrina mía, y dígaselo a don Juan; que si entrambos allá van, fuera de darse un buen día, yo le enseñaré la moza.

Doña Serafina: Dices bien: a tu lugar tengo de ir, y allá llevar a don Pedro de Mendoza.

Doña Violante: En fin, ¿será mi madrina?

Doña Serafina: Pues.

Doña Violante: ¡Bendíganla los cielos! Porque madrina y con celos, no hay habrar, irá divina.

Doña Serafina: Los celos ¿hacen hermosa?

Doña Violante: Do quiera que hay competencia, echa el resto la presencia: linda irá, si va celosa. Yo no estaré de provecho, si a mi lado, en fin, la saco; mas no caben en un saco la honra con el provecho. Pues con ella me honro y medro, ventaja en todo la doy. Adiós.

Doña Serafina: ¿Vaste?

Doña Violante: Al lugar voy.

Vase.

Doña Serafina: ¡Oh traidor! ¿Vos sois don Pedro? No dicen obras y nombres. Razón el que afirma tiene que cuanto de Indias nos viene es bueno, si no es los hombres.

Vase.

Cárcel.

Don Pedro: Basta, que no hay quien nos crea.

Agudo: Pues paciencia y barajar, que poco puede tardar de Sevilla quien desea desmarañar este enredo y darnos a conocer.

Don Pedro: Así me lo escribió ayer el capitán Juan de Oviedo, en cuya nave venimos; pero temo que entre tanto que se deshace este encanto y aquesta prisión sufrimos, se case este enredador, que dará a sus bodas prisa, como el peligro le avisa.

Agudo: El serafín de tu amor, ¡habrá gentil lance echado en sabiendo esta quimera!

Valdivieso: ¿Sois vos don Gabriel de Herrera, que ha sido en Flandes soldado?

Aparte a su criado.

Don Pedro: Otra tentación Agudo, ¿qué responderé?

Aparte a su amo.

Agudo: Que sí, pues de no afirmarlo así, que al Nuncio nos lleven dudo.

Don Pedro: ¿Qué es, señor, lo que mandáis?

Valdivieso: Mucho en conoceros gano. Don Antonio, vuestro hermano, de que de Flandes vengáis se huelga, y esta os escribe en respuesta de la vuestra.

Don Pedro: Lo mucho que me ama muestra. ¿Cómo está?

Valdivieso: Achacoso vive; mas no olvidado de vos, pues os envía conmigo cuatro mil escudos.

Aparte.

Agudo: Digo que ya vuelve a vernos Dios.

Don Pedro: ¿Cuántos, señor?

Valdivieso: Cuatro mil. Supe que estábades preso por un extraño suceso que me contó un alguacil; y aunque llegué de Granada ayer, os vengo a ver hoy.

Lee un papel que le da Valdivieso.

Don Pedro: ¡En qué de deudas le estoy! A ocasión viene extremada al dinero; que sin él, nunca saliera de aquí. Lo que me escribe leí, y sólo dice el papel que en dando a mis pretensiones asiento, a verle me parta, y que el que trae esta carta me dará dos mil doblones.

Valdivieso: Venid, señor, a contallos; que aquí los traigo conmigo.

Don Pedro: El alcaide, que es mi amigo, Cornejo, podrá guardallos.

Aparte a su amo.

Agudo: ¿Yo soy Cornejo?

Aparte a Agudo.

Don Pedro: ¿Qué quieres, si me hacen don Gabriel? ¿Qué aguardas? Vete con él.

Hablando aparte con Don Pedro.

Agudo: Ya parte del hurto adquieres.

Don Pedro: Yo cobraré lo demás.

Agudo: ¡Doblones del alma mía! Vení, hidalgo.

Valdivieso: Cada día estaré con vos de hoy más.

Vanse los dos.

Don Pedro: ¿Qué he de hacer? Todos han dado que soy don Gabriel. Sin duda la fortuna se me muda, después que el nombre he mudado.

Esta era la cantidad que truje en oro y en perlas; si en doblones llego a verlas, pase plaza de verdad esta mentira; que así las libranzas cobraré, hasta que en Madrid esté quien dé noticia de mí.

Don Luis: ¿Sois vos, señor caballero, don Gabriel de Herrera?

Don Pedro: ¿Hay cosa en el mundo más donosa? Como traiga más dinero, habré de decir que sí: si mis libranzas me diera, lo que él me mandara fuera.

Don Luis: ¿No halláis méritos en mí para responderme?

Don Pedro: Digo que el veros me divirtió, y entre un confuso sí y no, estoy dudando conmigo.

Don Luis: Pues para mí el no dejad; que el sí por verdad estimo. Don Lüis soy, vuestro primo, los nobles brazos me dad.

Don Pedro: ¿Quién sois?

Don Luis: Don Lüis de Herrera, que deseoso de veros, serviros y conoceros, a pesar de la quimera en que vuestro amor ha dado, os vengo a dar libertad.

Don Pedro: Mi ignorancia perdonad. No supe, a fe de soldado, que tal pariente tenía en la corte.

Don Luis: En fin, ¿ya puedo llamaros don Gabriel?

Don Pedro: Quedo corrido. Amor desvaría. ¿Qué no puede una mujer? Si el alma muda en un hombre, no es mucho que mude el nombre.

Don Luis: Bien sabéis por vos volver. Si fuérades tan constante como enamorado os veo, que no se quejara creo de vos la hermosa Violante, que atropellando caminos por quien su fama atropella, está aquí.

Don Pedro: ¿Cómo?

Don Luis: Por ella supe vuestros desatinos. Dadme licencia que así los llame, por lo que os quiero. ¿Posible es que un caballero tan poca estima de sí haga, que palabras quiebre, y obligaciones de honor huya, manchando el valor con que es bien que se celebre? ¿Merece tal hermosura este pago? ¿Qué decís?

Don Pedro: ¿Es posible, don Lüis, que está aquí?

Don Luis: Y en coyuntura, que a intercesión suya hoy soltaros hice en fiado. Sus agravios me ha contado...

Don Pedro: ¿Pues sabe que preso estoy?

Don Luis: ¿Pues no lo había de saber?

Don Pedro: ¿Y afirma que el que está preso es don Gabriel?

Don Luis: ¡Bueno es eso! Pues si sois vos, ¿qué ha de hacer?

Don Pedro: ¿Ha visto a mi opositor?

Don Luis: No sé, por Dios.

Aparte.

Don Pedro: ¡Cosa extraña! Cómo a los demás la engaña aqueste común error. Pero salga yo de aquí; que en viéndome, cesará este enredo, y volverá, como por su honor, por mí.

Don Luis: ¿En qué os habéis divertido?

Don Pedro: ¿Qué queréis? No sé que diera porque sabido no hubiera mis desatinos.

Don Luis: Han sido estímulos de su amor: todos los perdonará como os canséis, primo, ya de hacer ofensa a su honor. En Vallecas es madrina de una bella labradora.

Don Pedro: ¿Violante?

Don Luis: Sí.

Don Pedro: ¿Cuándo?

Don Luis: Ahora. Que os lleve allá determina, porque se ha de convertir de madrina en desposada: palabra la tengo dada por vos, y luego habéis de ir conmigo, pues estáis suelto.

Don Pedro: Alto, aquesto ordena Dios. Confesaré que por vos el seso el cielo me ha vuelto. Ya el alma tiene borrada a la Serafina bella, de suerte que por no vella pienso partirme a Granada al punto.

Don Luis: El mejor bocado para la postre os guardé. Primo, un pésame os daré de un pláceme acompañado, un luto, de oro cubierto. Tenga a don Antonio, Dios, y deos larga vida a vos.

Don Pedro: ¿Cómo?

Don Luis: Vuestro hermano es muerto.

Don Pedro: ¡Válgame el cielo!

Don Luis: Heredáis tres mil ducados de renta.

Don Pedro: El dolor es de más cuenta que las nuevas que me dais.

Don Luis: Ahora bien, dejemos eso; que es agridulce el pesar que sentís. Vamos a hablar al alcaide cuyo preso sois, para que os suelte luego, que estará doña Violante con inquietudes de amante, y en viéndoos tendrá sosiego.

Don Pedro: Vamos.

Aparte.

Don Pedro: Salga yo de aquí; desharase este nublado. ¡Ay hermano malogrado! ¡Qué dello con vos perdí!

Vanse.

Sala de la casa de Blas Serrano en Vallecas.

Aguado: Digo, pues, ya que Teresa a esto está determinada, y asegurando peligros me ha soltado la palabra, que por dar buena vejez a mis padres, y en Ocaña satisfacer mis parientes, que a Teresa buscando andan, para que dándole muerte no hereden sangre villana, como ellos dicen, los hijos que sucedan en mi casa; que con Antón se despose, pues ella gusta, y él la ama, y son iguales los dos; que yo ofrezco de dotalla en cuatrocientos ducados; daremos fin a las ansias de mis padres, y con ella cumplirá Antón su esperanza.

Blas: Pardiez, señor don Alejo, que aunque en viñas vendimiadas nunca anduve a la rebusca, es tanto lo que me mata este tonto de mi hijo, que porque no se me caiga muerto un día de repente (que no es mucho, según anda), habré de callar; pues él gusta de melón con cata, de ropa que está traída, de zapato que otro calza, allá con ella se avenga, y muy buena pro le haga, san Pedro se la bendiga, y mi bendición les caiga.

Doña Violante: Pues, ¿qué tenemos de boda?

Blas: Ya, Teresa, o poco o nada.

Aguado: Hija sois de Blas Serrano, si hasta aquí fuistes criada.

Doña Violante: Pues no piense, suegro mío, que me he dormido en las pajas. Madrino tengo y padrina.

Blas: ¿Quién son?

Doña Violante: Gente cortesana. El madrino, por lo menos, será don Juan de Peralta, en cuya casa doy pan, y la padrina su hermana. Yo apostaré que ya llegan.

Blas: Voy, pues, a poner de gala a Antón, y a pedirle albricias.

Doña Violante: Vístale, padre, de pascua; llame al cura y sacristán, a los alcaldes, a Olalla, y en fin, llame a todo el puebro; que la casa tien bien ancha.

Blas: ¿Y ha de haber baile?

Doña Violante: ¿Pues no? Pero Alonso, el de Barajas, mos tocará el tamboril, Gil Carrasco las sonajas, y Mari Crespa el pandero.

Blas: ¿Y ha de haber colación?

Doña Violante: Traiga nuégados, tostones, peros, vino, nueces y castañas.

Aguado: Gastaldo a mi costa todo.

Blas: Yo vo.

Aparte.

Blas: ¡Qué regocijada que anda el diablo de la moza! Mas es mujer, ¿qué me espanta? Dieran ellas, por casarse una vez cada semana, un dedo por cada boda, aunque se quedaran mancas.

Vase.

Doña Violante: ¿Qué dices, Aguado, desto?

Aguado: Que eres Pedro de Urdemalas.

Doña Violante: Di Teresa de Urdebuenas. La corte tengo enredada.

Aguado: Tu hermano viene acá y todo; que don Lüis dio palabra, porque al preso consintiese soltar, de hacer que, olvidadas injurias, fuese a Valencia con él, y diese a su hermana satisfacción amorosa, y la mano con el alma.

Habló tu hermano a don Pedro, y él, que entre invenciones tantas, y verse sin culpa preso, o está loco o poco falta, concedió con cuanto quiso, y vienen acá.

Doña Violante: ¡Extremada novela se puede hacer, Aguado, de esta maraña!

Aguado: Dos coches llegan de rúa. Ellos serán.

Doña Violante: ¡Qué bizarra que viene la Serafina!

Aguado: Tráenla celos, ¿qué te espanta?

Dentro.

Don Gómez: Pregunten adónde viven el novio y la desposada.

Salen.

Doña Violante: ¡Oh, señores! Bienvenidos: todo el puebro los aguarda.

Doña Serafina: Pues, ¿cómo no estáis de boda?

Doña Violante: Acá de un golpe se encajan las galas, como bonete: mientras que tañen y bailan, me pondré de veinte y cinco.

Vase.

Aparte.

Don Pedro: Basta, que esta es la villana que también de mí hizo burla.

Aparte a su criado.

Don Gabriel: ¿Qué es esto? ¿Ya don Pedro anda suelto y libre y tan contento?

Cornejo: ¿Qué quieres? Dios ve las trampas.

Aparte.

Don Pedro: Sólo espera mi ventura que doña Violante salga, y de don Gabriel me vengue.

Aparte.

Aguado: Cosa ha de ser extremada, cuando de manos a boca cogiéndole, se deshaga, a costa de su vergüenza, aquesta torre encantada.

Don Gabriel: ¿A qué, mi bien, me traéis a esta boda?

Doña Serafina: A que una dama veáis, de quien tengo celos, que han de parar en venganzas.

Don Gabriel: ¿Celos de mí?

Doña Serafina: ¡Bueno es eso! Todo se sabe.

Don Gabriel: Ya bastan, si son burlas.

Doña Serafina: Sí serán, y yo en ellas la burlada.

Don Pedro: ¿Cuándo, señor don Vicente, hemos de partir?

Don Vicente: Mañana.

Don Luis: Yo sé que antes que a Valencia, gustaréis ver a Granada, y tomar la posesión de su mayorazgo y casa, don Gabriel.

Don Vicente: Danme prisa sentimientos de mi hermana.

Don Pedro: Presto se convertirán en regocijos sus ansias.

Don Vicente: ¿Cómo, si no es yendo a verla?

Don Pedro: Escribiéndola una carta.

Doña Serafina: ¡Gallardo padrino hacéis!

Don Juan: Y vos madrina gallarda.

Aparte.

Don Juan: ¡Ay villana de mis ojos! ¿Si ha de llegar mi esperanza al colmo de mis deseos?

Blas: ¡Oh, señores! ¿Acá estaban? Con los buenos años vengan. La aldea dejan honrada. Pero esperen, que ya sale a verlos la desposada, a lo de corte como ellos, tiesa y engorgollotada.

Don Juan: ¿Qué es del novio?

Blas: De Madrid trujo unos diabros de calzas de alquiler, y hase perdido entre tantas cuchilladas.

Doña Violante: Primero que los vecinos de Vallecas a ver salgan el fin de tantos enredos, es razón que se deshagan. Don Gabriel, vos sois mi esposo, y yo, puesto que injuriada, doña Violante, que trueca en amores sus venganzas.

En prueba desta verdad, firmas alego y palabras delante de don Vicente, que es el juez de nuestra causa. Vos, don Pedro de Mendoza, por más que truecos de Arganda usurpar hayan querido vuestro nombre y vuestra dama, gozad vuestro serafín; que si trabajos alcanzan premios de amor, su hermosura con razón los vuestros paga.

Perdonad, don Juan, mis burlas; que si tuviera dos almas, dueño la una os hiciera; mas la que tengo es esclava. Don Lüis, de mi remedio os doy las debidas gracias, los brazos a don Vicente, y a mi esposo la constancia del corazón que le adora.

Don Gabriel: Lo que en mis disculpas falta, suplirá desde hoy mi amor, venturoso, si es que alcanza de don Vicente y don Pedro perdón y amistad.

Don Pedro: No agravian burlas de amor, cuando tienen tan buen fin.

Don Vicente: Siendo mi hermana esposa vuestra, ¿quién duda que mi injuria está olvidada?

Don Gabriel: Guardada, señor don Pedro, os tengo vuestra libranza, y el precio de vuestras joyas hice que en oro os llevaran por el modo que sabéis.

Don Pedro: El amante todo es trazas.

Doña Serafina: Yo la daré desde hoy de pagaros con el alma la burla que de vos hice.

Don Pedro: Si me amáis, ¿qué mayor paga?

Don Luis: Supuesto que sois mi primo y que de aquestas marañas, como a todos los presentes, su parte también me alcanza, dad a don Lüis de Herrera los brazos.

Don Gabriel: Si en Madrid hallan mis dichas tan buen suceso, desde hoy la tendré por patria.

Don Luis: Pues volvámonos a ella; que para que no sea aguada esta fiesta, yo os diré lo que ignoráis de Granada.

Blas: Pues el novio, ¿qué ha de her después que gastó en las bragas un ducado?

Doña Violante: Con quinientos que os prometo, renovallas.

Don Pedro: Alto: a los coches, señores.

Doña Violante: Yo soy, si acaso os agrada, la villana de Vallecas, mas, si no, no seré nada.